

# ANTONIO NARIÑO (1765-1823) A 250 AÑOS DE SU NATALICIO. ENTRE LA MEMORIA COLECTIVA, LA MANIPULACIÓN Y EL OLVIDO

*Luis Horacio López Domínguez*

## Introducción

Próximos a concluir el Año Nariño –conmemoración oficial de los 250 años del nacimiento en Santafé de Bogotá el 9 de abril de 1765– recordemos que oficialmente debió compartir la efemérides con el gran compositor caribeño José Barros en el centenario de su natalicio y cabe aquí trazar un ejercicio de revisión de las formas fluctuantes del manejo de la figura de Nariño desde su misma muerte el 13 de diciembre en 1823, con las que se ha nutrido la memoria colectiva –un constructo social– por intermedio de los gobiernos de turno y en el contexto de los correspondientes ambientes sociopolíticos de ese pasado acumulado de dos siglos y medio.

En este texto se intenta hacer una revisión crítica de la impronta de la figura de Nariño en los imaginarios colectivos, personaje que ha sido desde la segunda mitad del siglo XIX considerado con Bolívar y Santander, uno de los fundantes de la nacionalidad colombiana. Conocido en la historia tradicional con el título de “Precursor”, aquel granadino que aupó entre los siglos XVIII y XIX. El homenaje nacional ha sido efecto de una práctica presidencial del siglo XXI de dedicar cada año a un colombiano prominente. y como se mencionó fue declarado por resolución 0346 de 2015 de la Ministra de Cultura como “Año Antonio Nariño”. Años atrás en una encuesta nacional de la revista “Semana” lo seleccionó como “el personaje de todos los tiempos”.

Nariño y su figuración en la forma contemporánea de historiar ha sido objeto de revisiones en los enfoques de su vida, desde el contexto de las entrañas del régimen colonial que intentó abatir y se le identifica hoy como un personaje de “transición”. Otros historiadores en cambio consideran en sus enfoques que la prominencia de héroes, fechas y adjetivaciones es parte de un pasado errático y que no debe destacarse sino por el contrario

centrarse en historiar los procesos sociales, generando así una historia alternativa. Otras cosas sostienen los biógrafos tradicionales de Nariño, en sus nuevos libros, como mi amigo Enrique Santos Molano en su saga de escenificación novelística.

En 2015 se observan los esfuerzos de rescate oficial de su imagen a través de objetos de distribución masiva, subproductos de la subcultura mediática, en los que se muestran gráficamente los intentos de los programadores en una búsqueda de rejuvenecer la figura del personaje. En lo plástico, con proyectos vanguardistas en imágenes y contenidos que se proyectan en este Año Nariño y han sido reseñados ampliamente en los medios, y que seguramente el establecimiento trata de asimilar y valorar y reseñamos al final del texto estas innovaciones. Lo dirán más tarde los balances post Año Nariño que concluye el próximo 9 de abril de 2016.

Pero no es propósito aquí hacer un balance historiográfico nariñista ni auscultar a los biógrafos, tampoco a sus detractores sobre el particular. No es del caso ya que es tema muy actual entre los académicos a escala internacional hacer reflexiones sobre el sentido y si sirve para algo la historia en la sociedad de hoy, tema por demás de gran interés y análisis actual, sino más bien presentar algunas paradojas del manejo, desde su muerte, de la figura que alimentó la memoria colectiva del santafereño Antonio Nariño o más exactamente su ocultamiento. Porque no hubo acuerdos de duelo a su muerte el 13 de diciembre de 1823 suscritos por los gobernantes de Colombia la Grande Bolívar y Santander ni por la autoridad de Bogotá o de Cundinamarca. Meses después de su muerte se impidió la realización de un funeral en la ciudad natal, para este “cristiano viejo”. Paradojico que hoy algunos publicistas todavía lo excluyen –caritativamente– de los círculos masónicos, “por falta de evidencias”, ignorando las dificultades de acceso a estas sociedades secretas y descalificando la simbología y semántica que usó en la decoración de su espacio de tertulia, y la compañía de masones europeos y se extrañan que no concurrieran hispanos. Mientras otros continúan buscando ejemplares de la primera impresión de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, aunque los burócratas de la corona no lo lograron para incluir siquiera un ejemplar en su proceso. Se propone un recorrido por las fuentes que alimentaron los imaginarios colectivos de Nariño y en otros momentos su invisibilización agenciada por sus detractores. Entre luces y sombras fluctúa la figuración del santafereño Antonio Nariño.

## 1. Las estatuas, “imágenes materiales” en espacios públicos



Figura No. 7. Boceto en barro, modelo para la estatua “de tamaño heroico” por el maestro italiano César Sighinolfi, que se proyectaba erigir en la Plaza de Nariño en 1886.



Figura No. 8. Estampilla de la Casa de Nariño en la que se ve una copia de la estatua de Antonio Nariño.

Transcurridas varias décadas de invisibilización desde su muerte, se tornó la figura de Antonio Nariño la más destacada en los festejos bogotanos del Centenario de la Independencia Nacional en 1910. Una estatua, tamaño heroico traída de Francia fundida por León Greber, fue erigida en una plazoleta a la que se le dio su nombre, en predios de la antigua Parroquia de San Victorino, establecida en 1598 e históricamente fue donde Nariño tuvo un campamento con las tropas centralistas y otro en San Diego en aquel 9 de enero de 1813 cuando se dieron en Bogotá los enfrentamientos de los santafereños con las tropas federalistas del Congreso de las Provincias Unidas enviadas desde Tunja.

En la inauguración el 20 de julio de 1910, descubrieron la estatua de Nariño sus nietos Manuel Saiz Nariño y el general Wenceslao Ibáñez Nariño, quien también colocó al bronce la corona ofrendada por la Sociedad de Socorros Mutuos. Desde el palacio de San Carlos marcharon en procesión patriótica hasta la estatua de Nariño, el Presidente de la República general Ramón González Valencia, su gabinete, embajadores y cónsules, los presidentes de las cortes, un grupo de damas encabezada por doña Soledad Acosta de Samper quien publicó una biografía en 1909, y el pueblo bogotano. Así lo recrea el historiador bogotano gestor de la memoria museográfica, iconográfica en el Museo 20 de julio y que edita luego un registro textual y gráfico de su impronta vital, el académico don Guillermo Hernández de Alba<sup>1</sup>.

La Plazuela Antonio Nariño se constituyó en un espacio dedicado a su memoria en su ciudad natal, antecedido por la Plazuela de Santander y la Plaza de Bolívar con sendas estatuas. Fue bautizada así por Acuerdo N° 3 del Concejo de Bogotá. El historiador Jacques Le Goff –fallecido en este año nariñista– en su libro “El orden de la memoria. El tiempo como imaginario” dedicó unas ideas a escrutar el sentido de los monumentos históricos, estatuas y bustos apareándolos con los documentos históricos, ya que consideraba que “la memoria colectiva y su forma científica se aplican a dos tipos de materiales: los documentos y los monumentos

...En efecto, lo que sobrevive no es el complejo de lo que ha existido en el pasado, sino una elección realizada ya por las fuerzas que operan en el desenvolverse temporal del mundo y de la humanidad, ya por aquellos que se han ocupado del estudio del pasado, de los tiempos pasados, los historiadores.

Tales materiales de la memoria pueden presentarse bajo dos formas principales: los monumentos herederos del pasado, y los documentos, elección del historiador.

...Las características del monumento son las de estar ligado a la capacidad –voluntaria o no– de perpetuar de las sociedades históricas (es un legado a la memoria colectiva) y de remitir a testimonios sólo en mínima parte testimonios escritos<sup>2</sup>.

---

1 Guillermo Hernández de Alba, et. al. *Iconografía de don Antonio Nariño y recuerdos de su vida*. (Bogotá: Publicismo y Ediciones, 1983): 73.

2 Jaques Le Goff, *El orden de la memoria: el tiempo como imaginario*. (Barcelona: Paidós,

En una imaginaria línea de tiempo podríamos afirmar que con la estatua erigida en el Centenario de la Independencia se dio inicio a un rescate material, para la memoria social de aquel personaje bogotano quien durante el siglo XIX fue ignorado –con frustráneos intentos– efecto de los odios políticos que lo habían ignorado décadas atrás.

La estatua fue ese homenaje del Centenario de 1810 propio de tiempos lejanos cuando el culto a los prohombres de la República se materializaba en estatuas: Bolívar 1841, Santander 1878, Nariño 1910, Torres 1910, Caldas 1910 y A los héroes ignotos de la Independencia en el parque de la Independencia ese mismo año del Centenario; quizás para los de “menor estatura histórica” un busto del homenajeado y para los acontecimientos políticos y militares una placa con una leyenda memoriosa. La Academia Colombiana de Historia cumplió la tarea inspiradora de textos de las placas y sembró la República de estas, durante 80 años por intermedio de una Comisión de Festejos Patrios. Tal vez las últimas placas fueron las que denominó “el libro de piedra” uno de sus inspiradores don Guillermo Hernández de Alba” dos decenas de placas grabadas en piedra caliza instaladas en el primer piso de la Alcaldía Mayor que hoy dan cuenta de los acontecimientos más destacados sucedidos en esa Plaza Mayor, lo que le costó una acción popular a la Academia recién comenzando el siglo XXI.

En la ciudad de Bogotá se continúan levantando monumentos como referentes para la memoria colectiva: estatuas, bustos y placas, porque no ha caducado el trabajo de los escultores y les ha llegado el turno a Luis Carlos Galán, Carlos Lleras Restrepo, Gabriel Betancur Mejía, Julio César Turbay Ayala y su hija Diana y más reciente la estatua a Gabriel García Márquez. Aún resta la materialización de estatuas ordenadas por leyes de la República como la del comunero José Antonio Galán, la del expresidente Alberto Lleras, y otras más sin doliente a la vista.

Entre tanto los chatarreros anónimos arrancan de pedestales y muros bustos y placas, como integrantes de aquel sindicato anónimo del rebusque que acude clandestinamente al despojo a los sitios donde se pela el cobre o la aleación del bronce. Las más recientes arrancadas de las paredes del Templo de la Veracruz, Panteón Nacional las cuales registraban los nombres de aquellos patriotas fusilados en 1816 en la Plaza del Humilladero –hoy Plaza de Santander–. Durante la Reconquista del Ejército expedicionario

de Costa Firme, cuando estamos a pocos meses del bicentenario de su ejecución.

En algunos países del continente, que sufrieron regímenes totalitarios, los movimientos sociales y las revoluciones políticas causaron el derribo de dictadores y a su paso abatieron los emblemáticos monumentos del régimen y las estatuas. En Colombia la intervención a los monumentos ha sido más bien iniciativa de los gobiernos de turno con el trasteo de estatuas y bustos de un sitio a otro de la capital impulsados por “la piqueta del progreso”. Otro tanto la desaparición de bustos efecto de trabajos de renovación urbanística. Pero lastimosamente cuando se ha tratado de traslados del sitio original han incluido la destrucción del pedestal y la eliminación de las placas de identificación del monumento. Así ha sucedido con las estatuas de Manuel Morillo Toro, de Francisco de Paula Santander para solo mencionar dos, y también con la de Nariño, fue así en uno de los traslados de la estatua de Greber que se eliminaron dos bajo relieves, uno alusivo a la Campaña del Sur y otro a la traducción e impresión de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, cuyo destino aún se ignora.

En estos cambios de localización de estatuas solo han sobrevivido los relieves adheridos a al pedestal en los sucesivos cambios de ubicación y orientación de la estatua de Tenerani, en las obras de la Plaza Mayor, desde 1841 Plaza de Bolívar. Aunque el pedestal actual es hoy el más intervenido por los grafiteros anónimos al igual que no dejan pared sin una mancha en la ciudad.

Sin duda los traslados en Bogotá, de bustos y desaparición de pedestales y placas es mayúscula. Así lo registra un inventario muy bien documentado del Instituto de Cultura y Turismo Bogotá. “Museo a cielo abierto. Guía de esculturas y monumentos conmemorativos en el espacio público”. Vol. 1, 2008.

Todas esas estatuas, bustos y placas tienen una historia que ha nutrido los imaginarios colectivos y que hacen parte de la vida cotidiana en el espacio público de la ciudad capital las cuales trataron de rememorar un acontecimiento o personaje de la historia, en la capital de la república, como escenario de un pasado nacional y local.

¿Cuáles las intervenciones a la Plazuela y la estatua de Nariño inaugurada en 1910? Aquel espacio urbano tiene desde la Colonia una larga

historia en sus usos con vocación primigenia de sitio de mercado y más tarde de ventas ambulantes. Sufrió sucesivas transformaciones, al igual que la Plaza Mayor y la Plazuela de la Yerba (hoy plazuela de Santander). De las transformaciones de la plazuela de Antonio Nariño hay un documentado y analítico estudio apoyado en cartografía histórica y registros gráficos del antropólogo Carlos María Higuera. Aquí sólo se referenciarán las transformaciones después de 1910. En 1945 el Concejo de Bogotá expidió el Acuerdo N° II por el cual se autorizó a la administración municipal la remodelación de la plaza y compra de predios para su ampliación.

...Esto condujo, por primera vez, a la existencia de un amplio espacio con una vocación estrechamente ligada al transporte urbano, la cual le restó importancia al espíritu cívico y nacional que pretendió infundir la Plaza de Nariño, que tuvo una duración de apenas 40 años, prácticamente los mismos que alcanzó a tener el comercio semiformal de las Galerías Antonio Nariño (...) A raíz de los acontecimientos del 9 de abril de 1948, comenzó a debatirse la importancia de darle a la plaza una forma rectangular<sup>3</sup>.

En 1949 fue intervenido nuevamente este espacio urbano y se asignaron nuevos usos como parqueadero y trajo más afluencia de vendedores ambulantes, de gamines y de prostitutas. El desbordamiento del río San Francisco el 17 de noviembre de 1964 afectó mortalmente el acceso a este espacio público con la inundación de los parqueaderos y también desvalorizó todo el sector el cual comenzó a considerarse en la prensa capitalina como “zona roja” y de publicaron crónicas que mostraban el deterioro del espacio y la delincuencia, a la par que crecía el comercio informal.

Las sucesivas administraciones distritales hicieron una incorporación en el Plan Centro en la búsqueda de una recuperación de tan deteriorado sector. Concluye Carbonell Higuera indicando cómo en aquellos marcos planificadores de acción “la administración Peñalosa emprendió finalmente la restitución del espacio urbano en la zona ocupada por el comercio semiformal de las Galerías Antonio Nariño”.

---

3 Carlos Martín Carbonell Higuera, “El sector de San Victorino en los procesos de reconfiguración urbana de Bogotá (1598-1998)”. *Cuadernos de vivienda y urbanismo*. (Vol. vi. N° 3, julio-diciembre, 2010): 235.

Fue entonces cuando la administración distrital hace tres décadas decidió intervenir, pero siempre con esa típica amnesia selectiva de los gobernantes deseosos de innovar y dejar obras para la memoria social; luego del desalojo de los habitantes de la calle, allí asentados por décadas intervino y produjo su remodelación arquitectónica y para dejar huella optó por cambiar el nombre de Plazuela de Nariño por Plaza del Nuevo Milenio y el vacío fantasmal de Nariño lo ocupó una multicolor mariposa en metal como nuevo símbolo de la posmodernidad que ignora o cuestiona las pasadas épocas. No hablemos de la condición actual de aquel espacio de San Victorino.

En su estudio el historiador Carbonell Higuera no identifica la suerte que tuvo en las sucesivas intervenciones el monumento centenarista de la estatua de Antonio Nariño.

Resulta que hacia finales de la década de los años sesenta se trasteó el bronce de Nariño, por iniciativa oficial, y se le colocó al sur del Capitolio Nacional. Años más tarde se movió nuevamente la estatua para situarla frente a la estatua de Rafael Núñez en las obras de adecuación de la Plaza de Armas de la Casa de Nariño.

Entre tanto la antigua Plazuela Nariño había sido invadida en forma permanente por los integrantes del sindicato del rebusque: tenderetes de ropaovejeros, puestos ambulantes de baratijas usadas, raponeros, prostitutas, mendigos, reducidos de artículos de contrabando, sitio de contacto de micro traficantes y vivienda pública –sin servicios higiénicos– de indigentes.

Nariño como se la mencionado arriba desaparece de la nomenclatura del lugar y su estatua de 1910 del espacio público para ser confinada en los espacios del palacio de los presidentes, la Casa de Nariño.

La estatua trasladada al centro histórico en la segunda mitad del siglo XIX, hoy continúa por razones de seguridad de los sucesores de la Presidencia de Colombia, entre las rejas, en la Plaza de Armas de la Casa de Nariño, mirando no a su casa natal sino al capitolio sede del parlamento colombiano. Allí donde se le quiso impedir ingresar al parlamento y se le hizo un postrer juicio en 1823, meses antes de su muerte. Allí continúa solitario, simbólicamente prisionero y los colaboradores de los gobernantes presidenciales en la antigua morada de su nacimiento luego han impedido los homenajes florales a su memoria en la Colombia contemporánea en sus

aniversarios cuando se ha intentado refrescar la memoria agradecida de los bogotanos el más ilustre entre paisanos.

Entonces recurrimos al testimonio documental como lo aconseja Le Goff, en la denuncia de un frustrado homenaje que se le quiso hacer la Sociedad Patriótica Antonio Nariño de Colombia en el aniversario de su fallecimiento. Así se leen en “La Bagatela”, revista de la sociedad las palabras del entonces Presidente de la Sociedad Nariñista, doctor Eduardo Martínez Ruíz, de feliz memoria

Hierve la sangre con ira santa cuando vemos que las pasiones políticas, que deberían estar dormidas, o qué se yo, brotan aún con ímpetu malsano, para regodearse aplicándole los infames calificativos de ladrón, de cobarde y de traidor a la Patria. ¿Será acaso que el sino de Nariño, todavía lo apremia y aún hoy hostiga a todos cuantos pretendemos estar cercanos a la memoria del Prócer?

Hoy mismo (13 de diciembre de 1992) aquí, en su ciudad natal, donde ni siquiera una avenida lleva el nombre del bogotano más conspicuo, nuestra entidad no pudo colocar una ofrenda floral ante su estatua como parte de estos actos memoriosos. Ese bronce trashumante de Greber, que desde 1910 estuvo en la plaza que llevaba su nombre y que hoy ha retomado el de San Victorino. Se enrisca desde 1979 trasladada a los jardines del palacio de los presidentes de Colombia, a espaldas del capitolio nacional, defendida por la reja, en la casa donde nació, discurrió su juventud y ejerció su autodidáctica y que por fundamental acto de justicia –suena increíble– lleva su augusto nombre.

Todo por la estulticia de la joven e inexperta burocracia del gobierno, ajena a la historia y a las raíces de la nacionalidad, no quiso conceder la autorización pertinente. Es afrentoso que se haya negado a Nariño el derecho a unas flores en su propia casa en el aniversario de su muerte. Quizás es que este régimen aciago estima que ser cultor de la Historia es necedad propia de absolutistas, estacionarios y retrógrados. No sé qué alergias producen en estos mancebos las Academias, pues en su pedante y zafia arrogancia, han pretendido y proscribirlas.

Nos han dejado de nuevo entre las rejas. Han encerrado otra vez. Este es un episodio inicuo, inaceptable y arbitrario que desde aquí rechazamos agraviados. Sabemos que está libre y vivo en el corazón verdadero de Colombia, de Colombia la buena, la que anhela la paz, la quiere justicia y una vida amable para todos sus hijos. La que no quiere entrar en el tercer milenio llevando a cuestas lacras de edades tenebrosas<sup>4</sup>.

Con aquellas palabras se expresó el presidente Eduardo Ruiz Martínez en el salón público de la Asamblea de Cundinamarca con ocasión del 169° aniversario de la muerte de Nariño en Villa de Leiva. Como veremos ni las actitudes ni los tiempos cambiaron. La memoria que alimenta la historia se observa cada vez más deteriorada e incierta.

Este año de 2015, el 9 de abril de 2015 por petición del Colegio Máximo de las Academias de Colombia, el Presidente de la República, su señora esposa, la señora Ministra de Cultura y unos colaboradores del Presidente y los Presidentes de las Academias y Sociedades, órganos asesores del Gobierno Nacional y el Presidente de la Asociación Colombiana de Historiadores, escucharon el discurso de orden y el Presidente puso una ofrenda ante la estatua de ese Nariño que ahora mira a Núñez –su resucitador político– y al Capitolio sede del parlamento. Fue en 1823 cuando intentó posesionarse como senador de la República de Colombia cuando dos senadores lo acusaron de indigno para ocupar su curul, por haber estado ausente de la patria largo tiempo, por hacer desfalcos a los canónigos y entregarse en Pasto cobardemente, acusado de traición a la Patria. El Congreso lo absolvió y el pueblo lo acogió en este último lance político de su vida pública. No se entiende hoy cuál fue el simbolismo de la dirección actual de la estatua de espaldas a su casa natal y de frente al Capitolio. Algún día se sabrá.

## 2. Entre memoria colectiva y olvido

Son los individuos los que “recuerdan” en sentido literal, pero son los grupos sociales los que determinan “qué es memorable y cómo será recordado”. Sin olvidar que en últimas son los detentadores del poder, por intermedio de quienes ofician como promotores estatales de actos de memoria social los que marcan la impronta en los ciclos conmemorativos

---

4 Eduardo Ruiz Martínez, *La Librería de Nariño y los Derechos del Hombre*. (Bogotá: Editorial Planeta, 1990): 14.

de recordación del nacimiento o muerte de aquellos personajes; son ellos quienes determinan quiénes son merecedores de ser recordados y por medio de qué “imágenes materiales” en espacios públicos: monumentos, estatuas, bustos, placas, y en lo gráfico y recordatorio: sellos postales, billetes de banco, medallas y otros suvenires que alimentan el coleccionismo<sup>5</sup>. A ello se suman los lugares cerrados de la memoria como son los museos históricos o museos patrimoniales constituidos en “espacios del recuerdo” o a la inversa, transformados en “lugares del olvido” o “museos de las ausencias”. Mientras la producción editorial lega a la historia documental impresa transcripciones de archivos, biografías e iconografías, en ediciones conmemorativas.

Vale la pena reiterar, ahora, que son los individuos quienes se identifican con los acontecimientos públicos relevantes de su grupo de referencia. Algunos sostienen que allí se gestan los mitos de las revoluciones, las independencias, la formación de nación-estado, de la democracia o de la paz. Para otros la memoria es en cierta forma la reconstrucción del pasado de los grupos sociales en términos de los recuerdos y evocaciones que giran en la fluctuante memoria de los individuos y en los imaginarios colectivos. Sin que deban omitirse “los usos del olvido”, al decir de Burke. entendidos aquellos usos como los ejercicios de exclusión intencional, ya que las omisiones mismas contribuyen al deslustre de la frágil memoria en los imaginarios colectivos, en una forma de “amnesia selectiva”. A todo esto, hay que adicionar también otro componente: las repetitivas mentiras, las verdades incompletas o desenfocadas que se machacan y machacan en los medios y en el aparato escolar, hasta constituirse en verdades históricas para quienes las escuchan. “No se trata de echar la culpa a nuestros educadores, ni siquiera (a la mayoría de) nuestros gobernantes, pues ellos se encuentran igual de limitados y desorientados: les contaron las mismas fábulas, y los convencieron de las mismas historias de la misma forma que nosotros, hacemos con nuestros hijos”<sup>6</sup>. Es oportuno reconocer que los colombianos somos especialistas en elaborar catálogos de juicios valorativos y descalificaciones a los gobernantes y personajes históricos, en un inexplicable rencor hacia todo lo que signifique pasado, pero como una tradición que se perpetúa en los cenáculos de todas las épocas.

---

5 Peter Burke. *¿Qué es la historia cultural?* (Madrid: Alianza Editorial, 2006): 69.

6 Paul H. Koch. *La historia oculta del mundo. De la prehistoria al terrorista internacional.* (Bogotá: Editorial Planeta, 2007): 11-ss.

En los dos últimos siglos de vida republicana es posible observar, entre nosotros, un cierto movimiento cíclico entre pasado, memoria social, manipulación, olvido, reminiscencia, cuando revisamos los calendarios civiles y los personajes del “santoral civil de la República” y tratamos de reconstruir lo que fueron las fechas recordatorias de las efemérides cincuentenarias, centenarias de sus natalicios y de sus muertes.

La historiografía ha sondeado desde diversas orillas en torno a lo que Hobsbawm denominara “la era de la invención de la tradición” con el objetivo de justificar o “legitimar la existencia de la nación-Estado”. Con reacciones bien discordantes entre historiadores y que se manifiestan en tendencias historiográficas sobre las relaciones entre pasado, presente y futuro. Así algunos se cuestionan si es válido hablar de una “historia del presente”, como lo hizo en su tiempo el historiador José Manuel Restrepo al escribir la “Historia de las revoluciones...” al compás de los acontecimientos cotidianos y cuando muchos de los actores sociales aún estaban vivos. Para otros historiadores la historia siempre es presente.

En la sociedad actual marcada por la inmediatez, por la moda y lo nuevo resulta para muchos anacrónico todo intento de miradas retrospectivas, por la caducidad del presente y la sedimentación de lo cotidiano en el olvido: “con las normas de exclusión, supresión y la cuestión de quién quiere que olvide qué y por qué”<sup>7</sup>. Podemos entonces explorar la fluctuante figuración en la memoria social y el olvido del homenajeado de 2015, Don Antonio Nariño e intentar una reconstrucción de algunos testimonios –a casi dos siglos de su muerte– de cómo la nación colombiana, sus gobernantes, sus dirigentes han manejado la memoria histórica entre luces y sombras.

En el caso colombiano es aún más necesario indagar sobre el olvido, porque padecemos de una “amnesia colectiva” inducida al interior del sistema educativo por la ausencia de sentido –con la eliminación de la cátedra de historia en los currícula de la educación primaria y media desde 1984–. Para el educando una ausencia de contenidos en aquellos procesos de formación de su identidad y de sentido de ciudadanía en estas nuevas generaciones, a su paso por el aparato educativo, y consecuentemente hoy las observamos tan dubitativos, tan confusos e indiferentes frente al porvenir individual y colectivo. Sea oportuno mencionar los intentos de trazar lineamientos de políticas públicas en educación y cultura ciudadana

---

7 Paul H. Koch. (Bogotá: Editorial Planeta, 2007): 11-ss.

de aquella “Comisión de Sabios” que conformó el gobierno del presidente César Gaviria hace varios lustros y los acercamientos a los amoblamientos mentales de los colombianos y el manejo o la manipulación del pasado por el aparato educativo.

Hoy vivimos una crisis de la postmodernidad la cual en cuanto a la enseñanza de la historia muestra las falencias de un sentido de relación con una formación de la ciudadanía y de una identidad como valoración de lo propio –como diversidad cultural– frente a la masificación y uniformidad de los parámetros de la mundialización cultural, y su desubicación en el tiempo por ausencia de raíces y vínculos transgeneracionales con la sociedad y el país actual. Aunque según otros muchos vivimos hoy la anhelada “ciudadanía del mundo” y resulta conveniente borrar todo rasgo discriminatorio de diversidad que nos haga diferentes y anacrónicos.

A pesar que el relativismo cultural y el relativismo histórico se muestren como antidotos a las fuerzas del etnocentrismo, las élites detentoras del poder y el dinero a través de sus instrumentos mediáticos proveen de sus símbolos los imaginarios sociales y reconstruyen la memoria colectiva a su conveniencia e incluso promueven el olvido en forma de invisibilización como lo ha sido con Nariño en estos pasados dos siglos.

Interrogarnos con el historiador inglés Peter Burke estos apuntamientos sobre la vigencia en la memoria colectiva de un personaje histórico hacen válido preguntarse por su permanencia en el presente y la forma de historiar su vida, por los responsables de poner en valor su memoria, el aparato estatal –cultural y educativo– y los medios de comunicación. Es válido formular una pregunta adicional para nuestro pasado, del historiador inglés Burke: “¿Por qué algunas culturas parecen más propensas a recordar el pasado que otras?”.

La lejanía de su escenario vital de Nariño, para muchos no permite vincularla al acontecer del presente, sometidos al deterioro memorioso por efectos del tiempo y desligados de los retos del presente. Es el historiador Philippe Aries quien nos recuerda la necesidad de que el historiador este articulado entre el quehacer histórico y el pasado con los retos del presente y mantenga vínculos reales de investigación y estudio y no sea ajeno a los fenómenos contemporáneos de historiar

Pareciera difícil pues captar la naturaleza propia del pasado si uno mutila en sí mismo el sentido de su presente.

El historiador no puede ser hombre de gabinete, uno de esos sabios de caricatura atrincherados detrás de sus ficheros y sus libros, cerrado al estrépito exterior. Alguien así ha matado sus facultades de asombro y ha dejado de ser sensible a los contrastes de la Historia. Que conozca los archivos y bibliotecas –no hace falta decirlo– es imprescindible. Pero no es suficiente. Necesita además aprehender la vida de su época para, desde ella, remontarse a las diferencias que le abren el camino hacia un mundo inaccesible<sup>8</sup>.

Porque pareciera que la historia fuera siempre contemporánea, como lo afirmaba Benedetto Croce. En ese sentido estamos abocados a enfrentarnos al tiempo histórico que estamos viviendo y relacionarlo con el pasado. Más aun cuando tenemos el encuentro con los estímulos que los medios mediáticos proyectan en torno a las conmemoraciones, que son instrumentos de una pretendida revaloración de los acontecimientos y los actores del pasado. Así resulte paradójico en un país como Colombia, el más hispanista de las naciones latinoamericanas que perpetúa esa fascinación por las conmemoraciones, como lo observamos en las emisiones postales conmemorativas del siglo xx. Así, en un ejercicio filatélico, en 2003 pude registrar setenta emisiones conmemorativas en el siglo xx referidas a la fundación de ciudades hispánicas en territorio nacional, empresas, campañas militares y batallas y en gran medida a un cúmulo de personajes colombianos y unos pocos del exterior, sus figuras ilustraron millones de estampillas que circularon en cartas y paquetes postales a lo largo del siglo pasado, y en el siglo xxi ha habido anualidades de sólo sellos de conmemoraciones.

#### 4. El Presidente Rafael Núñez al rescate de la figura de Nariño como adalid del centralismo

La denominada Casa de Nariño es un referente político y turístico como sede del Ejecutivo. Fue remodelado el inmueble en múltiples ocasiones con el nombre de “Palacio de la Carrera” y rebautizado con el apellido de sus moradores del siglo xviii. Allí subsiste aun un busto del escultor Fernando Montañez que fue erigido en la administración del Presidente Barco en el primer piso, en el espacio de ingreso a la Casa de Nariño por la carrera

---

8 Philippe Ariès. *El tiempo de la historia*. Buenos Aires: Editorial Paidós, 1988.

octava y en de la fachada de la carrera séptima, en un muro discreto una placa de mármol con la leyenda: Aquí Nació Antonio Nariño.

Parece que fuera cierto aquello de la circularidad de la historia y que con Nariño se repitiera otro ciclo de olvido y manipulación mediática. Unos rescatando para la postmodernidad su figura histórica, otros invisibilizando museográficamente la impronta de su vida granadina enfrentado al poder colonial del quien fue vástago mimado de virreyes, canónigos y amigo del pueblo raso en quien inspiró una lucha que lo redujo a prisión en cuatro ocasiones por 16 años, 11 meses y cinco días.

Excluido de la memoria colectiva durante varias décadas después de su muerte, hasta en los gobiernos federales, salvo en las administraciones de Manuel Murillo Toro cuando el gobierno nacional adquiere de José María Espinosa las pinturas que se conocen como “Batallas de Nariño”.

Pero, aunque nunca se ha mencionado, considero que fue el presidente Rafael Núñez Moledo quien durante la Regeneración inspiró el rescate de la figura y la memoria visual de Nariño del olvido, de esa muerte social definitiva de los humanos<sup>9</sup>. Rafael Núñez gestor de la desaparición del régimen federal e impulsador del centralismo político, vio en Nariño un emblema recuperable para incorporarlo en la historia social y los imaginarios colombianos como portaestandarte de su nueva cruzada de unidad nacional.

Los gobiernos conservadores que sucedieron a Núñez consolidaron aquella resurrección política impulsada por el presidente cartagenero. Al despuntar el siglo xx y con ocasión de las conmemoraciones del Centenario de la Independencia lo tendrán como el personaje de la Independencia, al lado de Bolívar y en la filatelia al lado de Santander en la serie postal del Centenario.

Fue así como Núñez trajo a la memoria social a Nariño en sus dimensiones políticas y sobre todo en su efigie y su nombre. La hegemonía conservadora lo convirtió en estatua, en departamento y en símbolo del Centenario de la Independencia.

---

<sup>9</sup> Luis Horacio López Domínguez, “Antonio Nariño y la Seducción de la historiografía”. *La Bagatela*. Vol. 1, N° 1 (enero-junio, 1993): 27-32.

¿Específicamente, en cuáles ámbitos de la memoria colectiva el presidente Rafael Núñez evoca el nombre y la figura histórica de Nariño? Núñez trae a la memoria al traductor y editor de *Los Derechos del Hombre y del Ciudadano* en la última estrofa del Himno Patriótico que compuso a los 25 años a Bolívar en homenaje al centenario del natalicio del Libertador<sup>10</sup>; la décima primera estrofa del que desde 1922 por ley fue institucionalizado como Himno Nacional de la República de Colombia:

Del hombre los derechos.  
Nariño predicando.  
El Alma de la lucha.  
Profético enseñó.

En el segundo gobierno de Núñez Moledo se comisionó al entonces director de la Escuela de Bellas Artes maestro Cesare Sighinolfi para que realizara una maqueta en cerámica de cuerpo entero y proyectada para fundirse e inaugurar en 1886. Nunca se fundió y la maqueta en barro fue destruida en la guerra de 1895.

En 1885 Núñez hizo comprar con fondos del fisco nacional la casa donde nació Antonio Nariño y allí fijó la residencia presidencial. El inmueble fue ocupado por sucesivos presidentes desde 1892 a 1954. En la hegemonía conservadora fue remodelado el inmueble, durante la administración del General Rafael Reyes y es sede presidencial de 1906 hasta 1954 cuando el General Gustavo Rojas se traslada a la Casa de San Carlos y en 1970, luego de una intervención monumental se constituye en palacio presidencial, hasta hoy. También una estampilla de correos de Nariño se emitió en 1886 por el Presidente Núñez al lado de su efigie y las de Bolívar y Sucre y que el historiador David Bushnell reseñó en un texto que tituló “La Regeneración Filatélica” en 1987 en *Revista de Estudios Colombianos*, N° 2.

Será en la segunda mitad del siglo xx cuando los presidentes Alfonso López Michelsen y Julio César Turbay Ayala se ocupan del inmueble del conocido como Palacio de la Carrera o Casa de Nariño. Por un temblor de 1967 la edificación amenazaba ruina e inclusive se proyectó derrumbarla.

En las administraciones de los presidentes Alfonso López Michelsen y Julio César Turbay Ayala se adelantó una remodelación a fondo y decoró

---

<sup>10</sup> Luis Horacio López Domínguez, “El Himno Nacional. Un símbolo que perdura por tradición y por ley”. *Revista Semana* 1260 (junio 26 a julio 3, 2006): 118-119.

el inmueble de la casa natal de Antonio Nariño que compró su padre don Vicente Nariño. La Casa de San Carlos después de la dictadura del general Rojas fue la sede presidencial. Los trabajos de remodelación los inicia el presidente López Michelsen y los culmina el doctor Turbay Ayala quien inaugura en 1980 la obra como sede de la Presidencia y así hasta el presente.

Durante el mandato del presidente Turbay Ayala se publicó en varios volúmenes el Proceso seguido a Nariño, con documentos copiados por el académico Guillermo Hernández de Alba.

## 5. “El archivo Nariño” un legado intelectual por descubrir

No tuvo Nariño archivo, pues su tiempo mayor se fue en prisiones, viajes, campañas y agitación política y ajetreos periodísticos. A diferencia de Bolívar que tuvo archiveros, o como Santander así haya sido luego saqueado por sus albaceas y José Manuel Restrepo. Bolívar tuvo la precaución de no dejar incendiar como era costumbre los archivos del Virreinato. Aunque dio la orden a Santander de quemar sus cartas no obedeció.

Nariño dejó una huella de sus lides periodísticas y dispersas por el mundo páginas de documentos, hasta recetas como herbolario, aunque no subsisten las boletas de sus anónimos benefactores. La vocación editorial de Nariño, culpado de sedicioso por las autoridades virreinales por haber traducido y mandado imprimir en su Imprenta Patriótica los Derechos del Hombre y del Ciudadano se proyectará por treinta años de su vida pública. Quedan en bibliotecas nacionales de Bogotá y Caracas y entre coleccionistas privados, correspondencia con Bolívar y Santander su enconado contradictor.

Como impresor de su Imprenta Patriótica confía la labor al maestro Bruno, de la familia Espinosa de los Monteros, impresores pioneros en Cartagena de la tardía introducción de la imprenta en el Nuevo Reino. Se publica *La Bagatela* entre 1811 y 1812. Le seguirán las ediciones del *Boletín de Noticias del Día*, en cuarenta y cuatro entregas. Publica simultáneamente seis entregas del *Boletín de las Providencias del Gobierno*. Más tarde se reproducirán sus escritos en la *Gaceta Ministerial*. Los *Toros de Fucha* cierran en ciclo vital de las actividades periodísticas de Nariño.

De las copias impresas de su traducción de los *Derechos del Hombre y del Ciudadano* no quedó ni una para insertar en el sumario que se le siguió por sedicioso.

Después de su muerte en 1823 la figuración histórica de Nariño estuvo ajena a la memoria colectiva en los gobiernos de la Gran Colombia, después de su disolución en los gobiernos de la República de Nueva Granada y en la Confederación Granadina y en los gobiernos de los Estados Unidos de Colombia, salvo como ya se dijo la compra por el gobierno de Murillo Toro de los óleos de las batallas de Nariño a José María Espinosa.

Fue muy precario el resultado de los esfuerzos de los admiradores nariñistas por intentar rescatar el acervo documental. El polígrafo José María Vergara y Vergara convocó a la opinión pública, parientes y amigos de Nariño en 1835 a reunir sus escritos, sin resultados, luego en 1847; publicó un compendio documental y un boceto biográfico en 1859. La Académica Soledad Acosta de Samper publicó en Bogotá en 1909 y luego en Pasto en 1910 una biografía de Nariño. En 1913 Eduardo Posada Presidente y Pedro María Ibáñez Secretario de la Academia Colombiana de Historia publicaron un tomo de “Documentos sobre la vida pública y privada de Antonio Nariño” con el que se inició la colección de Historia Nacional, de su fondo editorial.

En 1990 el presidente Virgilio Barco publicó en la biblioteca Santander –el gran contradictor de Nariño–, los documentos históricos que durante cincuenta años acopió en España y Colombia el académico Guillermo Hernández de Alba, en seis tomos y las sobrecubiertas se ilustraron con un busto de mármol de Pinto Maldonado que orna el patio central de la Academia Colombiana de Historia y con retratos de Espinosa. Cuando yo actuaba como director ejecutivo de la Fundación Santander de la Presidencia colaboraba en los volúmenes de escritos de Santander con el entonces director del Museo 20 de julio don Guillermo Hernández de Alba y me insistió en que algún día se publicara ese archivo por la deuda histórica que el país tenía con Nariño y también otro tanto con Juan del Río. El presidente Barco, al fallecer don Guillermo, impartió instrucciones para comisionar como editor de los documentos al sobrino, el historiador del Colegio de México, Gonzalo Hernández y realizara un ordenamiento, aunque tampoco pudo ver concluida la publicación del Archivo Nariño. Se publicaron 530 piezas documentales en seis tomos y se tiraron 3000 ejemplares que fueron distribuidos en bibliotecas y archivos de Colombia, América, Europa y Japón. Se dejaron por fuera otros textos ya publicados como el Proceso, los Toros de Fucha y no se localizaron en España los textos publicados en el Periódico El Sol de Madrid. Todos los textos reunidos por don Guillermo Hernández de Alba eran transcripciones mecanográficas

o fotocopias de periódicos y documentos; ningún documento original. En el primer tomo de la obra están los archivos, bibliotecas, colecciones documentales privadas y los libros, revistas, periódicos y boletines de donde se reprodujeron las piezas que integra el Archivo Nariño.

Deplorablemente salvo el biógrafo Eduardo Santos Molano pocas referencias de investigaciones se registran de este acopio documental.

Nariño fue despojado de su biblioteca y de sus documentos personales, como lo ilustra el fundador de la Academia Antonio Nariño, Eduardo Ruiz Martínez<sup>11</sup>. Hice para posesionarme como académico de número de la Sociedad Nariñista de Colombia un texto que caracteriza esta compilación fruto del trabajo archivístico de Guillermo Hernández de Alba. El ingeniero Virgilio Barco cuando fue ministro de obras públicas rescató de la piqueta del progreso el inmueble que González Llorente poseía en la calle Real con calle II y lo convirtió en el Museo del 20 de julio, allí en 1965 se organizó una sala Nariño.

## **6. Con la modernidad se archivan los testimonios museográficos de Nariño**

Documentos, armas, retratos. objetos de uso personal de propiedad de Antonio Nariño fueron conservados por sus descendientes con especial afecto y cuidado. Cuando la Academia Colombiana de Historia tuvo a su cargo la organización de la casa museo 20 de julio o del florero su director dedicó con el apoyo de la Gobernación de Cundinamarca la Sala Nariño y fue inaugurada en 1965, hace medio siglo, con ocasión del bicentenario del natalicio en Bogotá el 9 de abril de 1765.

Los retratos de Nariño y objetos personales se conservaron con admiración y afecto entre las familias de sus descendientes desde su muerte; durante 142 años de olvido bogotano, de amnesia selectiva de los gobiernos de turno. Especialmente los del periodo federalistas, con excepción de la administración del presidente Murillo Toro cuando se adquirieron los óleos de Espinosa de las Batallas de Nariño, las que recibió en el siglo xx la Academia de Historia y las transfirió en préstamo a la Casa del Florero y de allí pasaron al Museo Nacional, hoy parcialmente exhibidas esperando un nuevo lugar que les otorguen los nuevos guiones de este museo histórico

---

<sup>11</sup> Eduardo Ruiz Martínez, *La Librería de Nariño y los Derechos del Hombre*. (Bogotá: Editorial Planeta, 1990).

nacional. Estos cuadros de batalla de mayor formato que los retratos, son óleos únicos en el periodo de la pintura histórica del siglo XIX, con el óleo de la muerte de Santander.

Aires renovadores en el Bicentenario de la independencia, 2010 intervienen el inmueble de la calle 10 con la calle Real (hoy carrera 7ª). Como un aporte a la museografía del siglo XXI se da un intento de remozar el edificio “hechizo” porque lo restauró como Ministerio de Obras Públicas, ingeniero Virgilio Barco, como se puede leer en sus memorias al Congreso de 1960. Para 2010 con una multimillonaria inversión se desmonta y restaura el inmueble que fuera salvado de la pretendida ampliación de la calle 11 por el alcalde Mazuera Villegas. El inmueble remozado, es intervenido con un nuevo guion museográfico con tecnologías TIC y las salas museográficas de antes conocida como la Casa del Florero, hoy rebautizado como Museo de la independencia. Tienen otros aires, otros sentidos y otras memorias.

Con las limitaciones de espacio, la pintura histórica se reduce y reubica en el nuevo planteamiento museográfico. Al punto que la pintura del siglo XIX de retratos, grabados y objetos de cultura material vinculados con la vida de Antonio Nariño, que estuvieron desde 1965 en una sala patrocinada por la Gobernación de Cundinamarca con los objetos propiedad de la Academia Colombiana de Historia desaparecieron de la vista de los visitantes antes de las efemérides de la Independencia de 2010. Se invisibilizó la colección de retratos, y objetos pertenecientes a Nariño, ocultando la imagen y presencia del Presidente de Cundinamarca, del santafereño protagonista de la lucha entre federalistas y centralistas en el periodo de la mal llamada Patria Boba.

En una novísima concepción globalizada de la Independencia Nacional, el nuevo guion del Museo de la Independencia incluye la huella nefasta de los prisioneros y luego desaparecidos de la toma del Palacio de Justicia de 1985 y en términos de espacio viene la ya anunciada e inevitable sustitución de los bienes muebles por los programas de TIC. Hay un controvertido debate sobre la capacidad técnica alojada en la casa y los inconvenientes tecnológicos para mantener la totalidad de programas activos y funcionando (que no vienen al caso analizar aquí). Así los objetos museográficos, los retratos de Nariño pasaron a un depósito del Archivo General de la Nación, AGN. Pasado un lustro alimentan selectivamente exposiciones temporales; el espacio de la colección de museografía nariñista instalada en 1965 en su sesquicentenario hoy se llamado por la picaresca bogotana “El Museo de las

Ausencias” (...) Esperaremos por unos cuantos años una nueva resurrección en los imaginarios sociales la figuración de Nariño. La Academia de Historia poseedora de la iconografía de Nariño tiene la palabra en un rescate de lo imaginario y lo museográfico... Estamos ad portas del 2023 bicentenario de su muerte carnal (...) veremos que sobrevive de su figura histórica en manos de los nuevos conserveros e intérpretes de la trayectoria vital del ilustre granadino.

Resulta más paradójica esta invisibilización de Nariño en la museografía y su desdibujamiento de la imagen en lo corrido del siglo XXI, si se piensa que la mayoría de los colombianos adultos ha tenido a Nariño en su bolsillo o en sus manos, ya sea en un billete, en una carta como estampilla, en los timbres de impuestos, en las tapas de licores estampillas fiscales del aguardiente Néctar y otros licores consumidos en el Departamento de Cundinamarca, en fracciones de lotería o litografías de retratos difundidos por la Gobernación de Cundinamarca. Pero es algo que no solo le ha pasado a esta generación, que fue educada sin la cátedra Historia en los colegios, sino a muchas otras, desde 1984.

## 7. Una exploración a las transformaciones gráficas de la figura de Nariño en billetes de banco



Figura No. 9. Billeto colombiano de \$10 peso de 1904.

Viene ahora la presentación y análisis de un conjunto de elementos gráficos que hubo ocasión de presentar a los historiadores en un reciente XIV Congreso en la universidad del Rosario. Con la intención de indagar sobre la figura de Antonio Nariño (1765-1823) en la iconografía de lo que se conoce como “pintura histórica”, un conjunto de retratos para los que

posó Nariño y contrastarlos con los productos gráficos del siglo xx y las interpretaciones retratística de pintores del siglo xx.

Ejemplificaciones, tal vez, del tan repetido en este texto, desdibujamiento en la vida colombiana, no solo de su efigie sino de su legado histórico. Explicable en sucesivas transformaciones de su efigie, su indumentaria y de las huellas de aquellos intermitentes cambios en el tiempo de su figura histórica, de la apropiación en las agendas de memoria histórica de Presidentes de la República, de gobernadores de Cundinamarca y alcaldes de Bogotá su ciudad natal como promotores de su figura corporal. En la medida en que fueron patrocinios oficiales, como generadores sus administraciones de elementos visuales que han alimentado los imaginarios colectivos: papel moneda, numismática conmemorativa, estampillas fiscales de licores, imágenes insertas en billetes de lotería y pieza publicitaria patriótica de la panadería El Arbolito de Bogotá. Para no mencionar los eventos culturales y actos religiosos en homenaje al ilustre bogotano: exposiciones museográficas temporales, Te Deum de corte colonial, discursos, coronas de laurel y hasta “botonier” de las entidades nacionales como souvenir.

Será oportuno resaltar que ha habido recurrente invisibilización mediática o un ocultamiento museográfico de este personaje. Todo enmarcado en el contexto político y el poder gubernamental a lo largo de la segunda mitad del siglo xix y siglo xx de la República.

En cuanto a la representación icónica del personaje se centra en un recorrido por los retratos del siglo xix en los que se inspiró la producción gráfica masiva de su efigie, de material impreso. Todavía no se venden figuras producidas por tecnologías de 3D.

Oportuno interrogarse en una revisión diacrónica de aquella producción sobre los estímulos y promotores sociales de aquellos cambios que la misma figura del personaje sufrió. A pesar de haber sido con Bolívar uno de los más retratados por José María Espinosa, el pintor histórico de la Independencia, su abanderado en la Campaña del Sur y su soldado. Como resulta paradójico al igual que con Bolívar que el retrato de Gil de Castro fuera más acogido por la crítica pictórica bolivariana y menos los de Espinosa por la retención en la memoria histórica de los anecdóticos comentarios que le hiciera al pintor mientras posaba Bolívar y que les sobrevivieron en la estética bolivariana. Para los cultores del Libertador es

el retrato de Gil de Castro el oficial, a pesar de las dimensiones corporales que no se compadecen con las pequeñas del retratado. Algo similar ha sucedido con los retratos de Espinosa y la parafernalia de la indumentaria en los sucesivos retratos de Nariño.

La reproducción masiva de su figura, el rescate de algunos de sus escritos como el Proceso, La Bagatela o los Toros de Fucha en el siglo xx se hacen evidentes en unos gobiernos su recuperación y su ocultamiento en otros.

Este ejercicio de revisión histórica de la iconografía nariñense parte de un subconjunto de retratos en los que Nariño posó para Espinosa y que se identifican como “pintura histórica” incluidos otros pintados postmortem, pero por contemporáneos como Torres Méndez. El otro subconjunto lo constituyen reproducciones, litográficas o inserciones de retratos en estampillas de correo, billetes de banco y de loterías, cintillos de estampillas fiscales de rentas de licores.

El historiador Iván Gaskell director del Museo de Arte de la Universidad de Harvard en un texto clásico propone englobar en la historia de la imagen no sólo el producto artístico, sino otros genéricamente denominados “materiales visuales”. Porque más allá del arte de las galerías, de las pinacotecas y museos, de los críticos y los catálogos de obras de arte se tienen otras imágenes visuales que, por su carácter de copia múltiple, coleccionable constituyen con los 150 años de la fotografía un ámbito más amplio que el de la historia del arte y más conocido como “artes visuales” en el que hoy se incluye el diseño gráfico digital<sup>12</sup>.

En esta época de las comunicaciones masivas tenemos como referente histórico la pintura de José María Espinosa, pero es válido y oportuno hacer referencia a los nuevos iconos que luego se inspiraron en los retratos de Espinosa. Como lo recomienda el autor antes citado no debe limitarse a la “pintura histórica” que tuvo su esplendor en Europa y América en el siglo xix y no limitarse a la historia del arte sino que aquí se amplían los límites de lo visual a lo mediático; no se agotan con el arte y la crítica artística sino más bien se extienden a las categorías de objetos visuales, al alcance masivo de la ciudadanía como aquellos que circularon de mano: los billetes con la efigie de Nariño, sellos postales, billetes de lotería y en 2014

---

<sup>12</sup> Iván Gaskell, “Historia de la Imagen”. *Formas de hacer historia* editado por Peter Burke. (Madrid: Alianza Editorial, 2003): 209-ss.

hasta en cintillos de estampillas fiscales para los licores del Departamento de Cundinamarca, el aguardiente Néctar y otros productos y licores importados de otras licoreras y del exterior.

Peter Burke impulsador de los estudios de historia cultural en la Universidad de Cambridge nos ilustra sobre la precepción visual y sus referentes mentales previos “... en el siglo xx las imágenes no reflejan la realidad de manera directa. Percibimos el mundo a través de una red de convenciones, esquemas y estereotipos, red que varía de una cultura a la otra... Los fotógrafos, como los historiadores, no ofrecen un reflejo de la realidad sino representaciones de la misma...”<sup>13</sup>.

Los retratistas, pintores o grabadores de los prohombres de la Independencia de Colombia en su autodidactismo se tomaron ciertas libertades e impusieron su impronta, con los trajes en aplicación de ciertas modas venidas de Europa. Configuraron una indumentaria de salón de los personajes retratados con sombreros, casacas militares, éstas adornadas con hojas de acanto o laurel, bordadas en hilo de oro, las camisas algunas plisadas o con boleros, las botas. Con esta indumentaria fue retratado Nariño.

Los militares de la guerra de independencia posaron para sus retratos con uniformes de gala no con los sudorosos de las batallas decisivas de las campañas. El general Tomás Cipriano de Mosquera hizo confeccionar en París un traje de general granadino y al indagarle el sastre experto en trajes militares por las características le indica Mosquera “como un uniforme de mariscal francés”. Tal vez Francisco Miranda fue el único suramericano que sí lució en las tropas francesas uniformes de aquellos ejércitos

Entre los generales granadinos y venezolanos se daba una ensoñación, una casi manía de lucir uniformes que validaran en el formalismo de los uniformes militares su rango y fue el vicepresidente Santander el que se ocupó de los diseños e insignias del ejército republicano. con reglamentos de grados y uniformes, que reproduje en un volumen de la colección de la biblioteca Santander, que compilé en 1989 ilustrado con las insignias, y distintivos por grados. Santander también hizo confeccionar en el exilio su uniforme. Espinosa retrató a Bolívar, Santander, Nariño, Mosquera,

---

13 Peter Burke, *Formas de hacer historia*. (Madrid: Alianza Editorial, 2000): 18.

Herrán con uniformes de gala y con base en estos se imprimieron grabados en Europa los cuales se vendieron en tiendas de Bogotá de 1842 a 1852.

El uniforme que se hizo confeccionar Nariño en Londres hacia 1820 lo lució para sus retratos a su regreso al país, para entonces ya no dirigía tropas ni libraba batallas; las acciones militares de su ciclo vital culminan con la Campaña del Sur.

Para los retratos de José María Espinosa posaba con un sobretodo “aleonado” y debajo la chaqueta de general traída de Europa, como lo menciona el mismo Espinosa en sus “Memorias de un abanderado”, ¿Problemas de hipotermia en la fría Bogotá o una indumentaria preferida de Nariño? Nadie lo aclara.

Es oportuno ahora volver al cuerpo y al rostro de Nariño que pintan los retratistas de la Independencia. Conveniente hacer una mención sobre las tergiversaciones de rasgos fenotípicos de Nariño, al comparar los retratos en los que aparece con diferentes poses, de perfil y de frente.

El primer retrato corporal que se conoce de don Antonio Nariño fue una descripción escrita que se registró en una noticia desde el despacho del Virrey Mendinueta con los rasgos de la fisonomía de su rostro y de su cuerpo con el propósito específico de alertar a la población del virreinato y capturarlo.

El virrey Mendinueta, de la Nueva Granada expidió el 18 de julio de 1797 “unas instrucciones” y de estas llegaron copias hasta Quito. Con miras a la captura de dos peligrosos criollos granadinos: Pedro Fermín de Vargas y Antonio Nariño. El primero venía a visitarlo en las noches desde Zipaquirá, y lo proveía de libros prohibidos; fue sin duda P el maestro y Nariño el aprendiz revolucionario y fue de hecho el precursor de los estudios económicos en el Nuevo Reino de Granada.

La descripción del Virrey Mendinueta hoy la llamaríamos un retrato hablado de tales sediciosos. Dice en el encabezado: “Sabido el paradero de Nariño o Vargas, se tomarán todas las medidas necesarias para su captura, de modo que no se malogre ésta, escogiendo personas de toda confianza con los auxilios oportunos, teniendo en consideración que por la noche se practican estas diligencias, por lo común, con mayor seguridad”. Practica que se sigue aplicando hasta hoy

Las señas de Vargas son las siguientes: buena disposición de cuerpo, como de seis pies, color trigueño, pelo negro grueso; ojos y cejas negros, pobladas y arqueadas; nariz larga y algo curva, abultados los juanetes de los pies, y un poco estevado; de 34 a 38 años.

Y las de Nariño en la forma siguiente: buen cuerpo, blanco, algunas pecas en la cara; ojo cuencudo o saltado; pelo rubio claro, boca pequeña, labios gruesos y belfos, habla suave, tono bajo y algo balbuciente, de 34 años<sup>14</sup>.

Contrastan ciertos rasgos fisonómicos entre ambos amigos y cómplices: Blanco Nariño, trigueño Vargas; nariz larga y algo curva la de Vargas, la de Nariño no se menciona, aunque muy prominente como se ve en los retratos parisinos en su juventud. Belfo, según Covarrubias en su “Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico “belfo” es un rasgo facial y significa “que tiene el labio inferior caído; que lo tiene más grueso que el de arriba”.

Javier Vilaltella, estudioso catalán, experto en cultura de la imagen nos aclara que “Es en el siglo XIX con el advenimiento de la sensibilidad histórica y la historia como disciplina, como volvió a demostrarlo Hayden White, en “*Methahistory, The Historical Imagination in Nineteenth Century Europe*”, que delimita claramente el campo de lo histórico como espacio de los acontecimientos del pasado –un pasado que puede abarcar el presente–. Por ello, la “pintura histórica”<sup>15</sup>, en su sentido estricto, experimenta su máximo esplendor en el siglo XIX. En el siglo XX se reorganiza el campo de las imágenes con la implantación masiva de la fotografía y el cine, que retienen la historia de manera reproducible y repetible, sin pasar por la escritura.

Fue usanza en Europa desde el barroco mejorar o “embellecer al personaje” en los retratos de corte. Tergiversaciones permitidas por los cánones estéticos europeos que trataban de disimular defectos.

---

14 Hernández de Alba, Guillermo (Comp.). *Archivo Nariño, 1785-1810*. Tomo II. Bogotá: Presidencia de la República. Biblioteca Francisco de Paula Santnader, 1990): 110. Instrucciones del virrey Pedro Mendinueta para la captura de Nariño y Vargas.

15 Javier Vilaltella. “Memoria cultural visual y pintura histórica en Colombia”. *Entre el olvido y el recuerdo. Íconos, lugares de memoria y cánones de la historia y la literatura colombiana*. (Bogotá: Editorial Pontificia Universidad Javeriana, 2010): 178-213.

Son conocidas en los retratos de las monarquías europeas, altamente endogámicas las manifiestas fenotípicas taras genéticas de enanismo y otros rasgos en su rostro como prominentes quijadas, que acentuaron o disimularon los pintores de corte como Goya o Velázquez.

Volvamos a la parroquial Santafé y los pintores de la Independencia: Figueroa, Espinosa, Torres Méndez, Urdaneta. Aquí se conocía de esa pintura del retrato de cortes, por laminitas litográficas<sup>16</sup>. Aquí también se muestran ciertas poses que permiten atenuar o disimular la nariz prominente de Nariño en un intento por mejorar su fisonomía. En Europa bien lo ilustra con retratos de corte, el crítico español Álvaro Pascual Chenel en su estudio “Juegos de magia y apariencia, simulación y propaganda política durante el reinado de Carlos II”<sup>17</sup>.

Sin duda con la figura de Nariño hay unas características fisionómicas que se reflejan en el retrato. Depende de los acomodamientos, de perfil o de frente. El retrato de perfil se consideró en Europa de alto reconocimiento social del retratado. La maestra Beatriz González en su obra biográfica y de crítica pictórica de Espinosa analiza a profundidad las miniaturas de la época y los retratos al óleo haciendo diferencias en las técnicas de la miniatura<sup>18</sup>.

## 8. “Limpieza de sangre” y “mulataje” en la iconografía nariñista

Se intenta mostrar aquí por medio de la “pintura histórica”; retratos a lápiz, al óleo y miniaturas sobre marfil cómo se transformó la fisonomía de Nariño de los retratos pintados al natural por Espinosa al compararlos con la retratística de los pintores del siglo XX que serán inspiradores de la nueva figura de Nariño reproducida en billetes y estampillas de correo.

---

16 Beatriz González. *José María Espinosa: Abanderado del arte en el siglo XIX*. (Bogotá: Museo Nacional del Colombia, Banco de la República, El Áncora Editores, 1998): 47-56.

17 Álvaro Pascual Chenel. “Juegos de imagen y apariencia: simulación, disimulación y propaganda política durante el reinado de Carlos II”, En *El universo simbólico del poder en el Siglo de Oro*, editado por Álvaro Baraibar Etxeberria y Mariela Insúa Cereceda. Nueva York/Pamplona: Instituto de Estudios Auriseculares (IDEA) y Servicio de Publicaciones Universidad de Navarra, 2012): 175-204.

18 Beatriz González, José María Espinosa: *Abanderado del arte en el siglo XIX*. (Bogotá: Museo Nacional del Colombia, Banco de la República, El Áncora Editores, 1998).



Figura No. 10. Aguada de José Gabriel Tatis.



Figura No. 11. Retrato de Antonio Nariño de autor anónimo de principios del siglo XIX.

Porque la figura de Antonio Nariño sufrió en la retratística una mutación de “criollo blanco” a “mulato republicano”. A la inversa de Bolívar a quien por las mezclas de sangre los opositores lo apodaban para 1830 en Bogotá “Longanizo”, “Zambo” en Lima y “mestizo” en Pasto. Recuerdo que en fiestas de Carnaval de Negros y Blancos de Pasto la decadente aristocracia pastusa brindaba por el Rey Don Fernando y lanzaba “abajos al mestizo Bolívar”, así hubiesen transcurridos 140 años de Independencia política de España.

En la iconografía del Libertador con el tiempo los pintores y escultores fueron transformando los rasgos mestizos hasta “blanquearlo” e imponerle una vestimenta romana como se observa en el busto de Bolívar, en mármol tallado por Tenerani que se conserva en la Casa de Nariño, un ejemplo en lo escultórico de lo que se ha denominado en Venezuela “el culto al Libertador”, ampliamente estudiado por el historiador Carrera Damas.

Aquel proceso de blanqueamiento en la iconografía bolivariana tiene su equivalente, pero a la inversa con la figura de Nariño, con una fisonomía de un criollo con genes gallegos de tez blanca, al que se le transforma icónicamente desde el siglo XIX con rasgos mestizos, tal

vez con la pretendida ilusión pictórica de hacerlo más popular con sus rasgos mulatos mutando de su piel el color blanco, algunas pecas en la cara;

ojo cuencudo o saltado; pelo rubio claro, boca pequeña, labios gruesos y belfos. Son varios retratos de pintores anónimos del siglo XIX. Tradición que continúa en la década de 1980 el pintor caribeño Enrique Grau con una obra que obsequia a la Casa de Nariño, en el gobierno del presidente Belisario Betancur, con rasgos mulatos. Hoy el retrato “mulato” de Nariño de Grau orna el espacio de ingreso de los visitantes VIP a la Casa de Nariño, sede presidencial, donde se toman las fotografías de los visitantes ilustres después de honores militares en la Plaza de Armas. Ese proceso pictórico de “mulataje” se le aplicó también al Almirante José Padilla, como se puede observar en la serie iconografía de Constanancio Franco del Museo Nacional. Un “pardo” como Padilla de diversas mezclas lo pintan de mulato los pintores bogotanos.

Ideológicamente entre los colombianos se suelen dar saltos dialécticos, así, Bolívar quien fue emblema del origen conservador del partido opuesto al liberal inspirado en Santander, por una transmutación de alquimia ideológica de los ochenta se convirtió en el emblema de la Coordinadora Guerrillera Simón Bolívar. También Nariño inspiró con su nombre un frente guerrillero de las Farc

A comienzos del siglo XX se dio otra transformación opuesta al “mulataje”. En una pequeña acuarela del pintor Acevedo Bernal que transformó mediáticamente desde los salones del Jockey Club la figura de Nariño, de ojos azulados, cabellos dorados y una indumentaria tricolor desmesurada, como para comedia de Hollywood.

Entre estas dos versiones; la teatral de Acevedo Bernal y el “mulataje” del inigualable pintor Enrique Grau y otros pintores anónimos del siglo XIX se mueven las obras de gran formato de la sede presidencial, Casa de Nariño y el Capitolio Nacional y se reproducen en billetes del Banco Emisor, en estampillas de correo y billetes de lotería. Alejados de la pintura histórica de Espinosa.

Aquí se hace un recorrido desde una perspectiva de la semiótica de la imagen se pretende mostrar en las imágenes anexas los “retratos históricos” de Antonio Nariño (1765-1823) comenzando por los hechos en Europa y luego la obra pictórica del autodidacta coterráneo santafereño José María Espinosa (1796-1883), de la familia de los impresores Espinosa de los Monteros; soldado abanderado en la Campaña del Sur de 1813. En el anexo gráfico se hacen reproducciones de estos retratos de Espinosa y

posteriores, tomadas las referencias y la procedencia de las obras, del libro “Iconografía de don Antonio Nariño y Recuerdos de su vida” editada por don Guillermo Hernández de Alba y Fernando Restrepo Uribe, en 1983, y expreso mis reconocimientos por su labor de rescate de la memoria iconográfica y documental de don Antonio Nariño.

Inspirados en miniaturas y retratos de Espinosa los pintores del siglo XIX y XX generan una pintura evocativa otros pintores como Ramón Torres Méndez (1809-1885) con un Nariño adolescente y también los retratos en el Papel Periódico Ilustrado de Alberto Urdaneta (1845-1887) del grabador Ramírez, un Nariño de perfil y pelo alisado hacia adelante.

Los retratos, que ornan la residencia presidencial son retratos de un Nariño pintados en serie por encargo gubernamental a Ricardo Acevedo Bernal. Ubicados hoy en el despacho privado del Presidente Santos y en el salón del Consejo de Ministros (Simón Bolívar, Antonio Nariño, Francisco de Paula Santander, Camilo Torres), El boceto inspirador es una acuarela fechada en 1918 y que se conserva en el Jockey Club, de Ricardo Acevedo Bernal La pintora y crítica de arte Beatriz González Aranda los señala como de “teatralidad”, Teatralidad en la indumentaria de Nariño revestido de casaca azul, capa grana, ojos azules, cabellos dorados, con una pose de un aire imperial propio de salones de corte. Teatralidad de su indumentaria y su figura con telas tricolores capas, fajines, espadas, mutando su fisonomía a una destellante figura alejada de los retratos de Espinosa, para los que posó Nariño.

Aquella acuarela la adquirió el Jockey Club para su sede en el sitio donde tuvo Nariño su casa familiar en la Plaza de Santander y remodelada en el siglo XX por la firma Cuellar, Serrano Gómez. Allí estuvo en la biblioteca del club por décadas hasta que el inmueble fue transferido a la Universidad del Rosario.

Los dos retratos, el óleo de Torres Méndez adolescente de camisa plisada como la identifica Beatriz González y la acuarela del músico-pintor Ricardo Acevedo Bernal (1867-1830) ambas de la pinacoteca del Jockey Club sirvieron de inspiración a Presidentes de la República, a Ministros de Hacienda y a Gerentes del Banco de la República para ilustrar emisiones de billetes ornados con la efigie de Nariño desde la administración de Miguel Abadía Méndez en 1915 y sucesivas emisiones en el siglo XX.

Los retratos post-Espinosa, ilustraron billeticos de ½ peso, del Nariño adolescente de Ramón Torres Méndez en la primera mitad del siglo xx y en la segunda los billetes inspirados en la acuarela de Acevedo Bernal de las emisiones de billetes de los gobiernos del Frente Nacional.

Entrará Nariño también en el siglo xx a la iconografía oficial del Capitolio Nacional, en sede del Senado en cuya sala plenaria estará el óleo de formato mayúsculo “Los Padres de la patria saliendo del Congreso” una figurativa y alegoría peregrinación republicana de Bolívar y Santander, Nariño, Torres, Márquez y otros más. Nunca reunidos para la pose. Inspiración alegórica de Acevedo Bernal y también reproducido en estampilla en la administración del Presidente Barco.

## 9. Intentos de tipología de la iconografía de Nariño

Con la maestra Beatriz González hemos compartido opiniones sobre las trasmutaciones de la pintura de Nariño de todas las épocas, especialmente las de Grau y Acevedo Bernal.

Los primeros intentos de agrupamientos propuestos por Beatriz para la exposición itinerante del Museo Nacional de la década de los noventa del siglo xx, respondieron a una tipología tripartita: 1. Retratos de camisa plisada, 2. Grupo de Acevedo Bernal y el tercero los no clasificables. Tal vez era el primer ensayo de catalogación de la retratística nariñista.

Mi propuesta es más una conjunción de lo cronológico y tratamiento fenotípico, con base en los perfiles de las miniaturas y los posteriores retratos centrados. Un primer grupo de miniaturas de perfil europeas y santafereñas. Una segunda de retratos a lápiz donde el retratista Espinosa intentó escamotear la prominente nariz y los óleos de medio cuerpo central que disimulan la nariz y el retrato de Ramón Torres Méndez. Luego la pintura evocativa del siglo xx entre la “teatralidad” y el “mulataje” y los nuevos iconos de Roda, Trujillo Magrenat, para mencionar los del siglo xx.

Yo asocio los retratos tipo con su reproducción gráfica inspirada en aquellos en billetes, sellos de correo. Se propone un recorrido referenciados o asociados más bien a la utilización para los grabados, estampillas, y billetes que en su momento alimentaron los imaginarios de los colombianos. Yo intento por primera vez contextualizar en las agendas presidenciales la alternancia de luna llena a eclipse total en los imaginarios oficiales de la República con estos homenajes en la gráfica de la filatelia y la numismática.

En su orden de reproducción aquí parto de las miniaturas europeas y, luego las de ángulo medio central que escamotean su prominente nariz, de Espinosa. Luego vienen las evocativas post mortem de Ramón Torres Méndez. Por último, las del siglo xx de mulataje de Grau y las de teatralidad imperial de Ricardo Acevedo Bernal. Omito por razones de espacio los bustos, pinturas de murales evocativos. Las pinturas históricas que referencio inspiraron las producciones numismáticas y filatélicas y enlace los originales con las copias masivas ilustradas con los retratos históricos del siglo xix de Espinosa y Torres Méndez y los del siglo xx como el de Pepe Gómez, despojado de alamares militares, en esta indumentaria civil aparece el de Antonio Roda y Sergio Trujillo.

## 10. Nariño en billetes del Banco de la República



Figura No. 12. Billeto colombiano de \$10 pesos con la efigie de Nariño según retrato de Acevedo Bernal. 7 de agosto de 1980. Gerente Banco de la República: Rafael Gama. Presidencia Julio César Turbay.

Aquel retrato de un Nariño joven, casi adolescente, de ángulo medio central en el cual se disimula la prominente nariz pero que le alisa su cabellera y se le ennegrece, con chaqueta militar que deja ver su camisa plisada y su brazo derecho en pose napoleónica fue encargado por una de las hijas de Nariño, años después de fallecido, a su amigo Ramón Torres Méndez. No está fechado, pero corresponde al periodo cuando el más connotado pintor costumbrista bogotano y para entonces hace parte del Ateneo de Bogotá y el óleo lo conserva la familia hasta que los Vargas Nariño se lo entregan al Jockey Club, que lo entronizó en la biblioteca.



Figura No. 13. Billeto colombiano de \$100 pesos con la efigie de Nariño según retrato de Acevedo Bernal. 12 de octubre de 1986. Gerente Banco de la República: Francisco Ortega. Presidencia Virgilio Barco Vargas.

Esta efigie de Torres Méndez inspira a los grabadores de la empresa American Note Bank en el gobierno de José Vicente Concha, para los billetes de dos pesos en 1915, por primera vez. En años posteriores en nuevas emisiones, una de \$5 pesos en el gobierno de Olaya Herrera en 1932, y la que se repite en el gobierno de Eduardo Santos, en 1941.

Sin duda lo que hace popular en el siglo xx la figura adolescente de Nariño, es la circulación de los billeticos de medio peso que circularon luego, desde 1948 y que se les llamaba “Los Lleritas”. En la presidencia del ingeniero Mariano Ospina Pérez, en 1953, vuelven nuevas emisiones con el mismo formato y valor y entonces se les bautiza como “Los Marianitos” y con esta emisión sale de circulación la efigie del Nariño Adolescente de Torres Méndez y desaparece del imaginario colombiano.

En otra tendencia pictórica del siglo xx se observa una acentuación de rasgos caucásicos y una indumentaria ajena a los retratos del natural de la pintura histórica de Espinosa y que Daniel Castro nuevo director del Museo Nacional califica de “imagen edulcorada”, aquella trazada en acuarela por Ricardo Acevedo Bernal. Esta pose de salón de corte inspira mucha de la retratística al óleo del siglo xx, siempre con uniforme militar.

La figura de Nariño logra sobrevivir durante el período del Frente Nacional, en billetes, sellos de correo y en estampillas de Timbre Nacional. En el Caribe se reproduce de nuevo el retrato en acuarela de Acevedo Bernal, en 1988, en la serie de estampillas de correo de historia latinoamericana

de Cuba, inspirada en la “luminosa acuarela” como la califica la pintura y crítica de arte Beatriz Gonzáles.

La Acuarela de Acevedo Bernal inspirará toda la obra gráfica filatélica y los billetes, el medio circulante de la segunda mitad del siglo xx como los billetes del Banco Emisor de \$10 pesos en la administración del presidente Julio César Turbay Ayala y luego los del gobierno Virgilio Barco, firmados por el gerente del Banco de la República Dr. Francisco Ortega emparentado con la familia Nariño y también de los París. Los presidentes, los gerentes del Banco de la República y los Ministro de Hacienda, sin duda admiraron en la biblioteca del Jockey entre los aperitivos de sus almuerzos aquella acuarela de Acevedo Bernal y el óleo en versión adolescente de Torres Méndez y la reprodujeron para que fueran alojadas en los bolsillos de los colombianos y en las bóvedas de los bancos de Colombia. Hoy muy valorizados aquellos billetes nariñistas en el comercio del coleccionismo.

## II. Nariño en sellos de correo y su proyección cultural

Los sellos postales son una invención fruto de una reforma de los correos de Inglaterra en 1840 y continúan como un monopolio oficial de los estados miembros de la Unión Postal Universal de la que forman parte más de 192 estados. Cumplen las estampillas de correo con la función de declarar pago el porte por el remitente. Pero en su dimensión gráfica tiene un alto contenido simbólico. Los historiadores especialistas los considera símbolos intermedios por combinar texto y figura. Los textos indican el país emisor, el valor del poder o valor facial, la casa impresora y las referencias a la imagen. Las emisiones de sellos pueden ser y en Colombia han sido mayoritarias de conmemoraciones de personajes en sus aniversarios de su natalicio o de su muerte.

Para Francia hay un estudio riguroso de la semiótica de la imagen que analiza con minuciosidad la capacidad de generar o al menos apoyar la formación de la identidad cultural entre los usuarios de correo los remitentes, destinatarios y obviamente los burócratas del correo los carteros y los expendios, y el coleccionismo filatélico. También el profesor Vida Zei de la Universidad de Iowa tiene un texto analítico sobre las estampillas y las políticas de la representación nacional apoyado en los estudios culturales de Raymond Williams.



Figura No. 14.  
Estampilla colombiana lt 102. 1886.



Figura No. 15. Estampilla colombiana  
lt 263. 1917.



Figura No. 16. Estampilla colombiana 200 años de periodismo. En la bandera del pliego se usa la efigie de Nariño.

No es sólo la iniciativa del presidente Rafael Núñez la adquisición y ocupación presidencial de la casa de don Vicente Nariño. En 1886 se imprime la primera emisión de estampillas de correo, de personajes, por la imprenta de Demetrio Paredes. Entre ellos, un sello la efigie de perfil de Nariño con valor de 20 cv en azul; al lado de Bolívar, Sucre y Núñez. Copiado de un mezzotinto del grabado de pelo alisado y nariz prominente del francés Bourdon. Mezzotinto que posiblemente le patrocinaron en París los hermanos de las logias masónicas como otros debieron darle protección desde Cádiz donde estuvo recluso a la par que Miranda en las mazmorras de la cárcel La Carraca.

En el sello aparece con traje militar. Aunque su vida militar fue corta, la casaca londinense orna su cuerpo repetidamente en los retratos de Espinosa y algunos grabados franceses.



Figura No. 17. Sobre de primer día en la que se reproduce la obra de Enrique Grau. La estampilla conmemora el bicentenario de la Revolución Francesa. 1989.



Figura No. 18. Estampilla colombiana conmemorativa del Sesquicentenario de la Constitución de la República de Colombia, 1821. Administración Virgilio Barco, 1989.



Figura No. 19. Estampilla colombiana a partir de retrato de José María Espinosa. 1973.



Figura No. 20. Estampilla cubana con retrato de Antonio Nariño a partir del retrato de Acevedo Bernal. 1998. Serie Próceres de la Independencia de América Latina.



Figura No. 21. Estampilla de la Casa de Nariño en la que se ve una copia de la estatua de Antonio Nariño.



Figura No. 22. Estampilla colombiana.

Departamentos de Colombia, Nariño. Foto de la estatua de Antonio Nariño en la Plaza de Pasto. 2004.

Don Florentino González, hábil comerciante y político, esposo de Bernardina Ibáñez, el amor de Bolívar y Santander, es el primer publicista de Nariño, pues mandó grabar en París, en el taller de Lemercier una litografía con el retrato con su traje militar, de perfil inspirado en el dibujo a lápiz. de José María Espinosa y Prieto. Incluido en una serie de granadinos, todos retratados por Espinosa, todos militares, con el rango de generales, y expresidentes: Simón Bolívar, Francisco de Paula Santander, José Hilario López, Pedro Alcántara Herrán, José María Obando y otros. Primera difusión en serie de la efigie de Nariño.

El Presidente Rafael Núñez en 1886 emite una serie con Bolívar, Sucre e incluye a Nariño. David Bushnell dedicó un texto a lo que llamó la regeneración Filatélica.

Luego llegara la serie del centenario donde aparece un grabado con la efigie de Nariño, con la Pola, Bolívar, el Libertador y José Acevedo y Gómez “el tribuno del pueblo” tal vez el más cercano actor del 20 de julio de 1810. Para la fecha estaba purgando prisión en el Caribe, en las bóvedas de Cartagena el irredento Nariño.

El presidente Ramón González Valencia por Decreto N° 537 de 1909 contrata con la firma American Note Bank la serie filatélica del Centenario de la Independencia, la primera serie filatélica grabada en planchas de acero. Aparece Nariño de perfil inspirado en el dibujo a lápiz de Espinosa, con la Pala, José Acevedo y Gómez, Santander y los mártires de Cartagena<sup>19</sup>.

El perfil nariñista continúa con la atenuación de su nariz en la filatelia del siglo xx en la serie de sellos de próceres de 1917 de 2cv rojo, el grabado se inspira en aquel dibujo a lápiz de Espinosa y que como se referenció sirvió también para los cuadros de sus batallas. Se conservaba entre los descendientes y doña María Elvira Brigard de Cuellar entregó el original al Museo 20 de Julio. De la estampilla de 1917 hay un famoso y valioso resello de 1919 con el que se portearon las primeras cartas del correo aéreo, para el vuelo de Barranquilla a Puerto Colombia. Otras estampillas conmemorativas se emiten con obra de pintura histórica de Nariño y evocación de la impresión de los Derechos del Hombre algunas referidas temáticamente al periodismo y a efemérides nariñistas puede consultarse

---

<sup>19</sup> Luis Horacio López Domínguez. “Los sellos postales y las conmemoraciones de independencia”. *Revista Credencial Historia*. (Bogotá, N° 25, 2010).

en Catálogo de Sellos Postales del Postcentenario 1959-2009 que publicó el Banco de la República.

## 12. ¿A casi dos siglos de su muerte dónde reposan hoy los restos mortales de Nariño?

¿Es válido interrogarse a casi dos siglos de su muerte, en 1823, interrogarse sobre qué hicieron con sus despojos mortales? Con una advertencia previa, “el culto político a los muertos” que registra la historia política mundial, no cobijó ni mucho menos el cadáver de Nariño. Fue Nariño, más bien, un bogotano insepulto por décadas, y en el delirante traslado de un lugar a otro de su osamenta, ésta estuvo amenazada varias veces.

Nariño arruinado física y patrimonialmente dejó dicho en su agonía “Amé a mi patria; cuánto amor lo dirá un día la historia. No tengo que dejar a mis hijos sino mi recuerdo; a mi patria le dejo mis cenizas”. Otra ilusión vana del moribundo de Villa de Leiva. Expiró el 13 de diciembre de 1823. Ninguno de sus hijos o parientes estuvo presente en su entierro<sup>20</sup>.

Únicamente conocemos el sentir del general Francisco de Paula Santander, Vicepresidente de Colombia, en un lacónico obituario consignado en carta al Presidente Bolívar quien se encontraba en la Campaña del Sur, escrita al día siguiente de ser inhumado su cadáver en Villa de Leiva:

Bogotá, diciembre 16 de 1823

...El día 13 del corriente ha muerto el general Nariño, de hidropesía de pecho. Su cadáver lo ha mandado buscar su familia para darnos en Bogotá la última escena trágica de la vida de este hombre...<sup>21</sup>.

A continuación “un macabro relato”, con pormenores sobre el recorrido durante cerca de nueve décadas del dilatado viaje de los restos insepultos de Nariño desde su muerte hasta su definitivo sepulcro. Reconstrucción

---

20 Luis Horacio López Domínguez. “Los sellos postales y las conmemoraciones de independencia”. *Revista Credencial Historia*. (Bogotá, N° 25, 2010): 10-14.

21 Roberto Cortázar (comp). *Cartas y Mensajes del General Francisco de Paula Santander*. Bogotá: Academia Colombiana de Historia, Ed. Voluntad. Vol. iv. Santander en 1822, 1823 y 1824, 1954.

del académico don Guillermo Hernández de Alba, quien rescató del olvido y puso en valor la producción intelectual, la iconografía y objetos que fueron de su uso en el museo 20 de julio de Bogotá:

Nariño fue sepultado, el día 15 de diciembre de 1823 en la Villa de Leiva en sencilla ceremonia; por una inexcusable ingratitud de la patria tanto del gobierno como de sus compatriotas, no se hizo en mucho tiempo el homenaje que se debía al Precursor; sus restos fueron exhumados por sus nietos, el general Wenceslao Ibáñez Nariño y su hermano Ramón quienes los depositaron en una urna y los llevaron a Zipaquirá a la casa de su madre Mercedes Nariño, donde permanecieron hasta 1873, año en que regresa doña Mercedes a Bogotá y en el que encomienda la custodia de la urna a su hijo el general Ibáñez. En viaje a Jamaica en 1885 lleva consigo la preciosa urna; el viaje se hace por Barranquilla y Colón en donde es robada y luego recuperada, allí mismo se presentó un incendio en el puerto y la urna es una vez más salvada por el arrojo de Edmundo Ibáñez, hijo del general Wenceslao. El peregrinaje de los restos del Precursor continúa hasta Jamaica, regresa por Colón, Barranquilla, Medellín y luego Bogotá; pasa durante la guerra de los mil días en custodia a la casa del general Bernardo Caycedo Ibáñez, además durante un tiempo viajó frecuentemente con sus guardianes entre Bogotá y Serrezuela; por fin en 1907, se depositaron los restos en la catedral de Bogotá, en la Capilla de los Dolores, hasta el año de 1913 en el que fueron trasladados al monumento donde hoy se encuentran... En mausoleo del escultor Pourquet trabajado en París por el marmolista Vienne<sup>22</sup>.

En un libelo de 1828 el Vicepresidente de Colombia general Santander rebate entre los varios cargos consignados por anónimo panfletario en una hojilla impresa la supuesta sindicación del atropello a la familia de Nariño por el frustrado funeral del general Nariño en la catedral de Bogotá, Así se lee en el punto quinto de su escrito

---

<sup>22</sup> Guillermo Hernández de Alba. *Iconografía de don Antonio Nariño y recuerdos de su vida*. Bogotá: Publicismo y Ediciones, 1983.

5° Requiero del señor canónigo Guerra para que como hombre de bien diga si yo le hice alguna insinuación directa o indirectamente para que no predicase en las honras fúnebres del general Nariño, Requiero también al hijo mayor de este general para que me desmienta si yo, después de la suspensión de dichas honras por causas que ignoro, me empeñé en que predicase Fray Juan Moya, y que se celebrasen sus funerales...<sup>23</sup>.

El canónigo Guerra de Mier había enviado una carta a los familiares de Nariño en la que denunciaba las amenazas si pronunciaba la oración en los funerales que prepararon para el 13 de febrero de 1814 en la Catedral Primada de Bogotá, de cuerpo presente como lo indica el general Santander en la carta ya citad

Yo nunca calculé que así sucediera. Pero tres días a esta parte (y hoy muchísimo más) tengo positivas razones, las más poderosas no solo para temerlo, sino para esperarlo indudablemente. Es decir: me consta con absoluta evidencia que, de hacer yo el elogio que me había propuesto del general Nariño, me van a resultar gravísimos daños en mi carrera y sin disputa los padecería mi cuerpo...<sup>24</sup>.

Antonio Nariño y Ortega no vaciló en publicar “la Carta del Presbítero Guerra haciéndola fijar en las calles principales precedida de esta nota que tiene tantas reticencias como amargura y dignidad” anota el historiador Fray Jorge I. Caro OP. al citar el texto tomado de la biografía de Nariño del Dr. Jorge Vejarano

Al Público: Los hijos del general Antonio Nariño tenían preparada para el 13 de febrero de 1824 una función a la memoria de su padre. El Sr. Dr. Francisco Javier Guerra de Mier, quien se había encargado gustoso de la oración, dirigió el día diez, con fecha 9, la carta que se inserta, cuando las corporaciones estaban ya convidadas y nada faltaba para la celebración del

---

23 Francisco de Paula Santander. *Escritos autobiográficos*. (Bogotá: Presidencia de la República. Fundación Francisco de Paula Santander, 1988): 27.

24 Jorge Ricardo Vejarano. *Nariño, su vida, sus infortunios, su talla histórica*. (Bogotá: Editorial Santafé, 1938): 384.

acto, el público a la vista de esta carta quedará satisfecho de los motivos porque no han tenido lugar las exequias funerales...<sup>25</sup>.

Es muy probable que se trató de varias exhumaciones e inhumaciones del cadáver de Nariño, pero difícil determinar cuántas fueron, si aceptamos los datos de los biógrafos del siglo xx. La nota de Santander a Bolívar, del 16 de diciembre de 1823, al día siguiente del entierro pone en evidencia la primera exhumación de Nariño cuando anuncia “Su cadáver lo ha mandado buscar su familia para darnos en Bogotá la última escena trágica de la vida de este hombre (...)”. Frustrado el funeral programado para el 14 de febrero de 1824, en Bogotá e inexplicablemente, el cadáver fue conducido nuevamente a Villa de Leiva. De las exhumaciones y nuevas inhumaciones no quedó nota marginal en el acta de defunción, como era de rigor por autoridad eclesiástica como veremos más adelante.

Algunos biógrafos, entre estos José María Henao y Gerardo Arrubla, Jorge Vejarano y Alberto Miramón indican que fue en el piso, al interior del Templo del Convento de San Agustín donde fue sepultado, y anotan además que se trasladó de sitio en ese mismo templo, pero no referencian el apoyo documental para estas afirmaciones.

En 1857 dos de sus nietos vuelven a desenterrarlo y colocan sus huesos en una urna de madera con la que recorren el territorio colombiano y viajan por el Caribe como ya se mencionó en el relato de don Guillermo Hernández de Alba.

En un estudio practicado por el historiador dominico –ya mencionado– Fray Jorge I. Caro a los libros sacramentales de la Parroquia de Villa de Leiva, localizó el acta de defunción firmada por el cura párroco de entonces Sr. Dr. José María de Arias. Con documentación el fraile dominico nos señala que el Párroco Arias fue amigo del general Santander. Comenta que el acta es sucinta en información, aunque el cura Arias –vistas otras actas mortuorias– acostumbraba explayarse y consignar múltiples detalles de los difuntos que el llevaba a la tumba, cuando en aquellos tiempos la Iglesia administraba todos los sitios de entierro:

En esta Villa de Leiva, a quince de diciembre de mil ochocientos veintitrés, yo el propio Cura di sepultura eclesiástica al cadáver del

---

<sup>25</sup> Jorge Ricardo Vejarano. *Nariño, su vida, sus infortunios, su talla histórica*. (Bogotá: Editorial Santafé, 1938): 385.

benemérito general ANTONIO NARIÑO. Le administré los Santos Sacramentos. Conste JOSÉ MARÍA DE ARIAS (Archivo Parroquial de Villa de Leiva. Libro de Defunciones. Número primero al folio 102)<sup>26</sup>.

Un texto atípico, escueto, sin detalles de la inhumación del cadáver de Nariño. El historiador Caro explica el clima adverso al difunto, en Santafé, al conocerse su muerte y quizás fuese un motivo para la actitud de autocensura del sacerdote en la redacción del acta de defunción como oficiante de las exequias, en Villa de Leiva. Invoca Caro motivos políticos derivados de las conocidas malquerencias entre los dos generales, el finado Nariño y el Vicepresidente Santander. Recuérdese el enconado duelo periodístico promovido por la publicación de Nariño de “Los Toros de Fucha” en tres entregas y que lleva a que intervenga Bolívar conminando al general Santander a serenarse, en un largo prólogo sobre la prensa de esos años reconstruyo el dialogo epistolar Bolívar-Santander y los comentarios censurando la conducta de Santander en su duelo periodístico con Nariño<sup>27</sup>. Tampoco aparecen –ya se ha mencionado– notas marginales en el acta de defunción de las exhumaciones e inhumaciones que debió autorizar el párroco de Villa de Leiva. Los biógrafos del siglo xx repiten que el cadáver de Nariño fue enterrado en el templo de San Agustín de Villa de Leiva.

El historiador Caro en uno de sus apartados de su estudio “Los restos mortales del Sr. Gral. Antonio Nariño y Álvarez” indica que el cadáver de Nariño fue sepultado “en una bóveda” en el templo parroquial de Villa de Leiva, y no en San Agustín:

El mismo párroco que sepultó al general Antonio Nariño, así lo testifica: Que los gastos del entierro de Nariño sumaron \$136 1/2. Un oficial albañil y cinco peones arreglaron y cubrieron la bóveda donde se depositó el cadáver por \$65.00.

Pero también transcribe, para sorpresa nuestra, lo que el general Wenceslao Ibáñez Nariño, nieto de Nariño consignó sobre la exhumación

---

26 Jorge I. Caro Fr. O.P. *Los restos mortales del Sr. Gral. Don Antonio Nariño*. (Bogotá: Editorial Cosmos, 1972).

27 Luis Horacio López Domínguez. “La prensa nacional en la época de Santander” (prólogo). En *La Bandera Nacional Granadina*, edición facsimilar del N° 1 (octubre 22 de 1837) al 75 (marzo 17 de 1839). Bogotá: Fundación Francisco de Paula Santander, 1991.

por parte de la familia, en una carta autógrafa, que se conservaba para la época de su investigación en el museo organizado en la casa donde presumiblemente murió Nariño. Dirigida a su sobrino Pedro María Ibáñez, fechada en Barranquilla en mayo 20 de 1891:

...Agradezco a Ud. infinito su interés por todo lo que se relaciona con la memoria de mi abuelo Nariño, y sobre todo lo que se refiere a la exhumación de los restos, y satisfaciendo los deseos de Ud., me apresuro a darle el informe que Ud., me pide. Los restos del general Nariño fueron sacados por mi hermano Ramón y por mí en el año de 1857 y fueron encontrados no en la sacristía sino en el suelo de la iglesia de San Agustín en la Villa de Leiva, muy inmediato a la entrada, desde entonces están en nuestra casa y nos han acompañado en todas nuestras peregrinaciones.

Estimo debidamente el sentimiento que ha inspirado a Ud. la idea de colocar dichos restos en el Cementerio de Bogotá; pero debo decir a Ud. con toda franqueza que, en nuestra casa, en donde se tiene profunda veneración por la memoria del general Nariño, más por convicción que por herencia o tradición, no podemos aceptar ni por un momento la idea de solicitar o admitir una limosna para el Padre de la Patria, y menos de la ciudad que tan ingrata ha sido con su memoria.

Más tarde yo o mis hijos le construiremos algún monumento en cualquier sitio retirado de esta Patria que él amó tanto, retirado de esta Patria que él amó tanto (repetido en la carta) ...

Estimado y bien apreciado sobrino: W. Ibáñez. (transcrita del original por Fray Jorge I. Caro el 23 de septiembre de 1970)<sup>28</sup>.

Lo más sorprendente es cómo se pone en evidencia en el estudio del padre Caro la amnesia social de los leivanos en torno a la tumba, a las exhumaciones e inclusive sobre el sitio exacto donde murió el general Nariño. El fraile Caro no encontró ningún recuerdo, por tradición oral sobre

---

<sup>28</sup> Jorge I. Caro Fr. O.P. *Los restos mortales del Sr. Gral. Don Antonio Nariño*. (Bogotá: Editorial Cosmos, 1972).

las inhumaciones y exhumaciones. Cabe preguntarse sobre la relación entre memoria, historia documental y olvido y el recuerdo como conocimiento<sup>29</sup>. No debe olvidarse que ningún pariente de Nariño asistió a su entierro, y fueron otros leivanos los encargados de llevar a Bogotá el cadáver y traerlo de regreso. No sabemos si se cambió de tumba. Aún más, nunca se menciona una lápida que indicara dónde estaba situado su sepulcro. Tampoco los nietos dan indicaciones de cómo se practicó su exhumación en 1857 en el templo de San Agustín de Villa de Leiva, lo que muestra contradicciones entre los documentos reunidos por el historiador dominico de la bóveda del templo parroquial, con la versión repetida de los historiadores Henao y Arrubla, Vejarano y Miramón, sus grandes biógrafos de la primera mitad del siglo xx que indican que hubo más exhumaciones y traslados, pero sus descripciones del interior y exterior del Templo de San Agustín parecen más bien corresponder al templo parroquial de la plaza de Villa de Leiva.

El fraile Caro encontró en su investigación, en el archivo parroquial de Villa de Leiva, entre papeles sueltos, una nota de 1910 del historiador Pedro María Ibáñez dirigido al obispo de Tunja Monseñor Eduardo Maldonado Calvo y reenviada a Villa de Leiva, pero no encontró en su búsqueda que hubiese tenido la respuesta del párroco la solicitud del Académico. Más intrigante aún al mencionar nuevos escenarios contrapuestos a los narrados por los historiadores de la Academia y los datos indicados por su tío Wenceslao Ibáñez Nariño en 1891. La solicitud formulada como Secretario de la Academia Colombiana de Historia estaba fechada en Bogotá el 23 de abril de 1910

En nombre de la Academia ruego a Su Señoría Ilustrísima se sirva si tiene a bien, ordenar al cura Párroco de Villa del Rosario de Leiva que envíe a esta corporación copia de los documentos que puedan existir en el Archivo Parroquial sobre la exhumación de los restos del general Nariño, de una bóveda en que estuvo sepultado desde el 15 de diciembre de 1823 hasta época indeterminada, De la segunda exhumación bajo el pavimento de la iglesia de donde fueron desenterrados en 1857 por los nietos señores Wenceslao y Ramón Ibáñez Nariño y de cualquier otro documento relacionado con el mismo asunto.

---

29 María Inés Mudrovcic. *Historia, narración y memoria: los debates actuales en filosofía de la historia*. (Madrid: Akal Ediciones, 2005): 111-ss.

Anticipo a su SSI rendidas gracias por este servicio patriótico y con todo respeto me suscribo de SSI obsecuente servidor, PEDRO MARÍA IBÁÑEZ (con sello de la Academia) el 2 de mayo fue enviado al Cura de Villa de Leiva con instrucciones de dar cumplimiento a lo solicitado. No hay mención de respuesta<sup>30</sup>.

El historiador Jorge I. Caro manifiesta el balance de los frustráneos resultados de su búsqueda por toda Villa de Leiva:

En el archivo parroquial no hay la menor constancia que indique el lugar preciso de la sepultura del Prócer, ni las exhumaciones subsiguientes. Los historiadores han señalado (no sé con qué fundamento) el centro del presbiterio. Por el espacio de un año estuve en Villa de Leiva tratando de investigar este detalle de la tumba de Nariño. Pese a todos mis esfuerzos hube de regresar a Tunja sin el anhelado documento<sup>31</sup>.

También rectifica Fray Jorge I. Caro con documentos históricos, cómo se confundió el sitio donde murió. Por gestión de la Academia de Historia se mudaron las placas al sitio actual. Entretanto los auténticos restos del benemérito señor general Antonio Nariño yacen olvidados todavía en algún lugar de la iglesia parroquial de Villa de Leiva; la tesis reiterada en el escrito de Fray Jorge I. Caro puede resumirse así:

Fatalidad del destino que hizo víctima de la más cruel injusticia al Precursor de la Independencia Nacional. Restos anónimos se guardan con los honores del mármol en la Catedral Primada de la Capital de la República, mientras los auténticos restos del benemérito señor general Antonio Nariño yacen olvidados todavía en algún lugar de la iglesia parroquial de Villa de Leiva<sup>32</sup>.

Podría decirse que en su frustránea búsqueda en Villa de Leiva de los auténticos huesos de Nariño, el historiador Caro dejó una incógnita aun no resuelta, en contravía de toda la tradición de los biógrafos de Nariño y un reto para la arqueología biológica y los estudios genéticos modernos, si el

---

30 Jorge I. Caro Fr. O.P. *Los restos mortales del Sr. Gral. Don Antonio Nariño*. (Bogotá: Editorial Cosmos, 1972): 45.

31 Jorge I. Caro Fr. O.P. (Bogotá: Editorial Cosmos, 1972): 44.

32 Jorge I. Caro Fr. O.P. (Bogotá: Editorial Cosmos, 1972): 48.

gobierno nacional o una universidad se muestran interesados, como ya se hizo con los restos de Francisco José de Caldas y los compañeros de suplicio con pruebas de ADN practicadas por la Universidad del Cauca. Sometidos a un examen de los restos mortales y cotejados con muestras de sangre de los descendientes de Nariño se podrá con pruebas de ADN conocer a ciencia cierta cuál es la verdadera identidad de los huesos que están en el mausoleo de la Catedral Primada y con esos resultados comprobar lo planteado por el historiador Caro.

Si la sepultura se hizo en una parte (en la bóveda del templo parroquial) y la exhumación en otra (piso del templo de San Agustín), es argumento seguro que los restos del Precursor de la Independencia Nacional están todavía en la Villa de Leiva, y precisamente en la bóveda donde los dejó depositados el párroco José María de Arias el lunes 15 de diciembre de 1815.

Hoy los avances de la arqueología y de los análisis de genética mitocondrial, pueden dar respuestas contundentes a otra complaciente tesis de los biógrafos contemporáneos que como los historiadores del siglo pasado se resignan a expresar que “los huesos de Nariño desaparecieron” pero sin indicar desde cuándo, cómo y a que obedeció su desaparición. Interrogantes válidos para una búsqueda sistemática. Como en otras latitudes se ha avanzado con los análisis óseos de otros prohombres de la historia, como Cristóbal Colón y Miguel de Cervantes. También en una cruzada novelada y que llegó a autodenominar “bolivarianología, impulsada por un aventurero fungiendo de historiador el venezolano Jorge Mier Holffam indujo al expresidente Chávez a buscar por análisis genéticos la autenticidad de los restos de Bolívar, pues llegó a sostener que el Libertador había sido víctima de un secuestro y asesinato planeado por Fernando VII, Prospero Reverand, el señor de Mier y hasta el general Santander, pero ese es tema de otro escrito, al igual que la trashumancia del cadáver de Santander por Bogotá. Para sólo mencionar los más recientes. Tampoco se han identificado los restos mortales de Anzoátegui en Pamplona, los del Presidente del Congreso Constituyente Roscio en Villa del Rosario de Cúcuta ni los del expresidente general José Hilario López en el Huila.

Hoy se puede interrogar sobre cuáles son las referencias públicas de Antonio Nariño que alimentan hoy los imaginarios y la memoria colectiva, de los bogotanos y de los colombianos en torno a Nariño, uno de los protagonistas de “la historia tradicional de próceres y precursores”.

Con el vocablo Nariño en el Amazonas, la segunda localidad del departamento lleva el nombre de Puerto Nariño; en el oriente antioqueño otro municipio. Varias órdenes civiles y militares llevan su nombre para condecorar a ilustres ciudadanos. El 5° Frente de las Farc lleva también su nombre al igual que el Batallón de Infantería Mecanizado N° 4 del Ejército Nacional; un colegio de curas corazonistas españoles en el barrio de Chapinero. una universidad privada desde hace 40 años, y una escuela de la Policía Nacional. Una localidad de Bogotá se llama Antonio Nariño (barrios Santander, la Fragua y Restrepo) y un barrio popular de Buenaventura en el litoral Pacífico.

Después de la Guerra de los mil días al despegar el siglo xx, el general Rafael Reyes Presidente de Colombia fragmenta el territorio del Gran Cauca, crea el departamento del Valle y otro más al Sur. El hoy santo en los altares Fray Ezequiel Hurtado, misionero español y fundamentalista príncipe de la iglesia propuso llamarlo “Departamento de la Virgen María”, pero un grupo de intelectuales pastusos impuso el nombre de Nariño.

Fueron los mismos pastusos quienes solicitaron a la Comisión Nacional del Centenario de la Independencia en 1909 que se hiciera otra estatua para Pasto como la que se estaba fundiendo en Europa. Se fundieron dos bronces: el de Bogotá se inauguró el 20 de julio de 1910 y la de Pasto llegó con retraso de Europa y se inauguró al año siguiente en julio de 2011; ambas fueron fundidas en París por el escultor Henri León Greber quien recibió como instrucciones de Lorenzo Marroquín –descendiente de Nariño–, un billete emitido en 1904, de \$10 cuya ilustración estaba inspirada en un retrato de Espinosa en la que figura Nariño enfundado en un sobretodo y una chaqueta de general de división; estas estatuas de Graber muestran una pose más arrogante o desafiante que la primigenia del boceto de Bogotá de la época de Núñez, y la de Pasto en alto pedestal que evita su atropello. También Pasto capital del departamento de Nariño, el aeropuerto se llama Antonio Nariño, y también un municipio de ese departamento.

¿Qué otros elementos patrimoniales distintos de su mausoleo en Bogotá, de su incierto sepulcro en Villa de Leiva y la casa donde murió se conservan para la memoria colectiva? En Bogotá, una antigua propiedad de Nariño, la casona Montes con un desmantelado y lánguido museo. Por último, la casa donde nació y creció en la carrera séptima y octava con calle sexta en el centro histórico de Bogotá, y el Observatorio, pues la Casa de la Expedición Botánica fue derribada para dar espacio al Teatro Municipal

y luego a los jardines de la residencia presidencial del inmueble conocido como Casa de Nariño.

### **13. Entre luces y sombras transcurrieron los ciclos conmemorativos 2013 y 2015**

En el 2013 se cumplieron 200 años de la Campaña del Sur y de la Declaración de Independencia de Cundinamarca y no dejó de resultar contradictoria la intención mediática de retomar la figura de Nariño en beneficio político y de opinión, del gobernante que invierte en su rescate, para los imaginarios colectivos.

De movilizaciones similares hay evidencias en el siglo XXI y antes en el XX, pero no tan explícitas y persistentes como en el 2013 Año de la Independencia de Cundinamarca. Ya había habido sin duda la apropiación nariñista en agendas de memoria histórica de Presidentes de la República, de Gobernadores de Cundinamarca y de Alcaldes de Bogotá su ciudad natal como promotores de su figuración histórica. En la medida en que fueron patrocinios oficiales con recursos públicos y contratada la producción de “imágenes materiales”: placas, monumentos y estatuas. Pero también sus administraciones produjeron otros elementos visuales que han alimentado los imaginarios colectivos: papel moneda, numismática conmemorativa, estampillas fiscales de licores, imágenes insertas en billetes de lotería. Por iniciativa de empresarios, hasta litografías con el retrato a la acuarela de Acevedo Bernal en piezas publicitaria patriótica de la panadería El Arbolito de Bogotá. Sin dejar de mencionar los eventos culturales y actos religiosos en homenaje al ilustre bogotano: exposiciones museográficas temporales, actos religiosos de corte colonial, discursos, coronas de laurel y hasta botones con su figura de las entidades nacionales como souvenir.

Aprovechándose de las coyunturas socioculturales de las conmemoraciones del Bicentenario de Cundinamarca, el mandatario seccional de turno hizo una gira de tinte gobiernista con Nariño como portaestandarte con el lema “El triunfo de las ideas”. Como aparato de propaganda del entonces gobernador de Cundinamarca Álvaro Cruz y su cónyuge ambos hoy presos confesos por corrupción, soborno y enriquecimiento ilícito.

En ese año se convirtió en figura rutilante con registro gráfico de sus andanzas festivas nariñistas por el territorio cundinamarqués, como

promotor de actos cívicos en la Catedral, coronas, comparsas históricas, condecoraciones a militares, siembra del árbol de la libertad, Todo lo que olier a la vida de Nariño se recreó para que el gobernador posara con su esposa y todo lo imaginable para movilizar la opinión pública. El gobierno central sólo emitió una serie de estampillas del Departamento de Cundinamarca que incluía una de Nariño, desdibujado con trazos postmodernos, duramente criticada por los filatelistas, pero diseño institucional de la Gobernación en 2013 para su campaña nariñista.

Sólo se salva una bella edición de un especial de la revista *Semana* con 36 texto de reputados historiadores y periodistas y profusión de imágenes de todas las épocas y de cartografía. Recalcando el editor la ignorancia de Nariño y el patrocinio mediático de la Gobernación de Cundinamarca o mejor de su gobernador Álvaro Cruz que imaginó reencarnar el triunfo de las ideas del sabanero Nariño y posó en su periplo por los centenares de municipios de Cundinamarca, con su esposa, en los que presidían actos simbólicos, ingeniados hace 200 años por Nariño. Hoy encarcelado el exgobernador confeso de imputación de cargos de corrupción y soborno, es decir en líos judiciales, por los que tuvo que renunciar antes de concluir su periodo.

En su nota de presentación el editor de la entrega “Nariño. El triunfo de las ideas” señala un conjunto de consideraciones de por qué Nariño ha sido ignorada, para concluir:

Todo esto muestra que la figura del Precursor no ha recibido suficiente interés ni para preservar su memoria, ni para estudiar su vida. Por eso al conmemorarse los 200 años de la Independencia de Cundinamarca y de un periodo de la historia nacional que necesariamente está ligada a la de este santafereño, *Semana*, La gobernación de Cundinamarca y el Banco de Bogotá se unieron para producir esta gran edición especial...<sup>33</sup>.

La estrategia publicitaria del gobierno seccional apuntó a un inasible lema sin mucha explicación historiográfica o contexto histórico “El triunfo de las ideas”. Recuérdese que Nariño fue un derrotado político hasta en sus ideas constitucionales en el Congreso de Cúcuta de 1821 que presidió. Otro

---

<sup>33</sup> Revista *Semana*. *Nariño. El Triunfo de las Ideas. Bicentenario de Cundinamarca, 1813-2013*. (Bogotá: Publicaciones *Semana*, 2013): 6-7.

tanto en la formulación e implantación de formas de gobierno centralista, salvo en el periodo que ejerció como presidente y dictador de Cundinamarca y se enfrentó a los federalistas del Congreso de las Provincias Unidas y su Presidente Camilo Torres.

La Gobernación de Cundinamarca invirtió ingentes recursos humanos y presupuestales en una gran gira por todos los municipios que la comitiva del gobernador, la esposa y sus reporteros gráficos que alimentaron fotográficamente una estupenda publicación que financió el Departamento y el Banco de Bogotá. En cada pueblo una comparsa, una marcha, una izada de bandera, una ofrenda y el registro fotográfico del Gobernador y su esposa. Apenas comparable a las movilizaciones del Bicentenario de la Independencia en el 2010 con conciertos, marchas y proclamas. Nada reprochable de tan imaginativas formas de recordar a Nariño, sino el manejo mediático del promotor oficial y su familia, muy en las formas tradicionales de hacer política en este país. Los niños hicieron una nueva iconografía de Nariño en concursos locales, también incluidos en la publicación de la revista *Semana*, pero donde se observa el referente bolivariano de pintura histórica cambiando la cabeza del protagonista de la pintura en su lecho de muerte o en las estatuas ecuestres. Indicador de la miseria icónica de los niños de este país en sus referentes de memoria histórica.

El Ministerio de Cultura le dedicó el 2013 a Doña Soledad Acosta de Samper, la escritora hija del general Joaquín Acosta, políglota y biógrafa nariñista. En los anteriores años fueron sólo los varones y expresidentes Alberto Lleras, Guillermo León Valencia, Carlos Lleras Restrepo.

## 2015 el año Nariño

A la Biblioteca Nacional se le confió la coordinación de las efemérides del 250° aniversario del natalicio de Nariño en 2015 y su inicio se hizo con una rueda de prensa presidida por la Señora Ministra de Cultura. Incluía en dupleta, la efeméride centenaria del natalicio del prolífico compositor José Barros, representado allí por su hija.

La publicidad de la efeméride nariñista se comenzó con una edición facsimilar de la segunda impresión de Nariño de los derechos humanos y un botón recordatorio del cuadro de Pepe Gómez en el taller de la Imprenta Patriótica: un Nariño sin uniforme, en su cotidianidad y fue reproducido en forma invertida de imagen original con el lema “Nariño Lector y Periodista”.

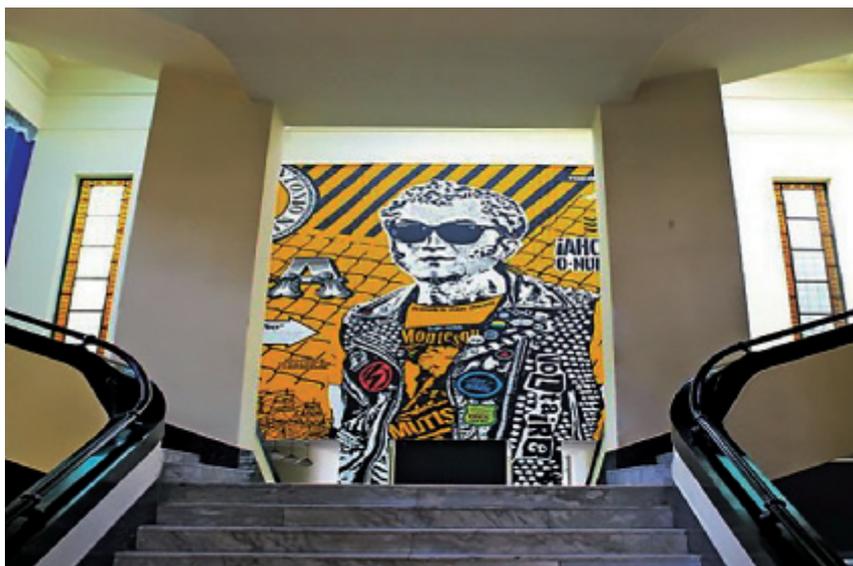


Figura No. 23. El mural principal de la exposición que se realizó en la Biblioteca Nacional sobre Antonio Nariño. La intervención fue de Toxicómano. Fotografía tomada del portal de internet del diario El Espectador. <http://www.elespectador.com/noticias/cultura/nueva-cara-de-antonio-narino-articulo-604220>.

En este año de Nariño su efigie ha sido incorporada a la producción mediática de las modas grafiteras en los muros de los edificios oficiales bogotanos como el reservorio bibliográfico nacional responsable de relanzar revitalizada una nueva imagen del “anacrónico personaje”. Un homenaje de los artistas de las culturas urbanas del grafiti que han invadido la antigua capital del Virreinato en la que se movilizó política y por medio de su Imprenta Patriótica.

Hay una historia social que nutre los imaginarios, que hace parte de la vida cotidiana y que en calles, plazas, monumentos y placas ofrece un referente simbólico de lo sucedido o de los protagonistas.

Grei Marcus en sus debatidas crónicas sobre la historia de aquí y de allá en uno de sus libros analíticos de la historia contemporánea de la música y otras expresiones culturales conexas intitulado “El Basurero de la Historia”, en su prólogo muestra un referente metodológico que se acomoda sorprendentemente al tema en cuestión sobre la amnesia nariñista, iconoclasta e invisibilizadora de su efigie.

Hay una coincidencia entre conmemoración y acontecimiento en la historiografía oficial y lo constituye en método Grei Marcus, su método es tratar “los eventos históricos como acontecimientos culturales y los acontecimientos como eventos históricos”, aunque se ocupe de fenómenos contemporáneos culturales de la música o la literatura. Los promotores de eventos con trasfondo de recuperación de la memoria cultural del homenajado en sus efemérides natalicias.

Para el tema tratado, hace referencia al empeño oficial de borrar en los amoblamientos urbano de las generaciones que han crecido sin espacio de la historia y reconstruir a partir de aquel personaje que se le llamó Precursor, por su involucramiento en difundir en la colonial Santafé una traducción e impresión la entronización de su victimario efecto iconoclasta. Recurrimos a las huellas de los cambios en una figura que fue retratada por sus soldados y que figura con una página en la colonial.

Es oportuno interrogarse si es Nariño un caso atípico de esa cruzada iconoclasta –el efecto de los nuevos parámetros– de bajar los hombres que fueron de carne y hueso de sus pedestales y someterlos a trasteos históricos o más evidente desaparecer los bustos y placas que ornaron sitios consagrados a la memoria de esos personajes que no olvidó la historia tradicional. Los bogotanos de antaño, hoy extrañan, por ejemplo, una placa que fue empotrada sobre el suelo de plaza mayor de los despedazados comuneros que en ella fueron despedazados por el régimen imperial y en alguna fecha desconocida fue arrancada y tal vez vendida por chatarreros a los dueños del negocio del cobre para exportación a China y potencias urgidas del metal. Muchos de los broncees erigidos antaño en sitios emblemáticos de la ciudad capital, parques y avenidas, también han sido pasto de los recicladores del metálico que se compra para exportar al exterior como chatarra. Pero hay más, por iniciativa de los gobernantes de turno: una plaza en un cuestionado homenaje de la nueva cultura ciudadina. De una ciudad natal, en aquello que algunos denominan la social bacanería patriótica de la postmodernidad en su intento por hacerlo popular y producto de una misoginación urbana.

Es en el juicio de la historia es o no un personaje repudiado por la opinión nacional. En encuestas ciudadanas en 2003 la revista *Semana* lo consagró como el personaje de todas las épocas.

Un novedoso trabajo visual se entronizó en el recinto de la Biblioteca Nacional y que reseñó ampliamente los medios. Así lo registró en Internet, entre otros la página “Desde Abajo”:

El homenaje que le tributa la BNC cuenta con una especial dedicatoria elaborada por tres colectivos de grafiteros que han traído a Nariño a nuestros días convirtiéndole en “Toño”. Con el lema “¡Ahora o nunca!” Las ideas son para divulgar Toxicómano, Lesivo y Erre han plasmado en sus dibujos, con un fondo con los colores de la bandera colombiana, amarillo, azul y rojo, tres de las facetas de este intelectual: Nariño lector, en color rojo dibujado por Erre; Nariño impresor, en tonalidad azul diseñado por Lesivo, y Nariño periodista en amarillo elaborado por Toxicómano. Con esos dibujos pretenden “crear diálogos y enriquecer debates sobre los derechos del hombre, la importancia de la lectura, las manifestaciones políticas, el uso y abuso de los medios, la libertad de expresión y la autogestión”.

También han publicado un fanzine, “La Vagatela” (sic), en referencia al periódico creado por Nariño, editado, diseñado y realizado por los propios grafiteros, en el que, con humor e ironía, se presentan la vida y la obra de aquel político autodidacta y “peligroso” porque leía mucho, pensaba en todos y comunicaba lo que pensaba. Y ¿quién es el tal Toño? Tal vez el personaje colombiano más ilustre de todos los tiempos, alguien que invitaba a pensar y a actuar de Colombia<sup>34</sup>.

Se reseña en otro medio, con un polisémico título “Un Antonio Nariño recargado en la Biblioteca Nacional”:

El arte urbano se toma la Biblioteca Nacional de Colombia. En el aniversario número 250 del natalicio de Antonio Nariño (1765-2015), los artistas urbanos Toxicómano, Erre y Lesivo, presentan en el hall central de la Biblioteca la intervención: “Ahora o nunca. Las ideas son para divulgar”, una propuesta a gran escala que integra muralismo, diseño gráfico y fotografía.

---

34 <http://www.desdeabajo.info/ediciones/item/5217-antonio-nari%C3%B1o.html>

En tres murales, cada uno de 12 metros de alto por 9 de ancho, se resalta la imagen de Antonio Nariño, y su labor como periodista, impresor y lector, en una intervención en la que los visitantes a la Biblioteca Nacional podrán tener una mirada fresca y diferente de uno de los más destacados pensadores y promotores de la cultura impresa de su tiempo. La propuesta de la Biblioteca busca también recordar que Nariño fue el precursor de un nuevo lenguaje de libertades y derechos en la historia nacional.

Partiendo de las investigaciones adelantadas por Alexander Chaparro y por un equipo de la Biblioteca Nacional de Colombia, los artistas urbanos Toxicómano, Erre y Lesivo, invitados por el Ministerio de Cultura y la Biblioteca, crearon a “Toño”, una versión contemporánea de Nariño cuyas premisas son “Infórmese, imprímase y publíquese”, enmarcadas dentro del concepto general de que las ideas son para divulgar. Los artistas impulsaron también la idea de que leer es importante y que es una actividad necesaria para llenarse de argumentos y participar de la cultura escrita.

La intervención en el hall de la biblioteca se realizó mediante el diseño e instalación de tres murales alusivos a los colores de la bandera de Colombia. En el mural amarillo, a cargo de Toxicómano, se podrá apreciar al Nariño periodista, con referencias a algunos pensadores que influyeron en sus ideas como Montesquieu y Voltaire, así como al tema de la lucha por los derechos y la consecución de las libertades individuales.

En el mural rojo, (a cargo de la artista Erre), se recrea a un Nariño joven y lector, recostado dentro de una habitación llena de los libros que acostumbraba leer. En este mural, “Toño” está rodeado de objetos, afiches, frases y los rostros de algunos personajes que lo influenciaron y lo llevaron a convertirse en uno de los grandes intelectuales de la entonces incipiente república.

El mural azul, (a cargo de Lesivo) nos presenta al Nariño impresor y su relación con la Imprenta Patriótica. Este mural destaca el papel fundamental de Nariño en la traducción y

publicación, por primera vez en la América española, de la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano. Este espacio plantea además un acercamiento a la imprenta tipográfica y a cómo ocurría el proceso de impresión en el siglo XVIII.

Los tres murales se complementan con una serie de fotografías que interpretan los 17 (sic) Derechos del Hombre que tradujo Nariño, a partir de ciertas situaciones y conversaciones urbanas que se viven en la actualidad.

La muestra incluirá dos fanzines, el primero con información general de Antonio Nariño y uno para armar y completar, el cual llevará un kit con botones, adhesivos y estenciles como material didáctico y promocional para que los visitantes a la Biblioteca puedan armar su propio fanzine y, de esta manera, puedan informar, imprimir y divulgar el ánimo que caracterizó a Antonio Nariño.

En últimas y aunque esto no se ve implícito en la intervención, lo que busca el personaje “Toño” es comprar una fotocopidora e imprimir sus propios fanzines. Esa es la idea que parte de las tres premisas: infórmese, imprímase y publíquese. Si usted tiene algo que decir, hágalo ahora con los medios para que los proyectos se concreten en un impreso y se divulguen. La idea es completar los tres procesos”, señala Toxicómano.

La intervención, según los artistas, es una manera de actualizar el discurso y traer a Nariño a un ambiente más cotidiano y de fácil lectura. “Buscamos que la gente se cuestione y sienta curiosidad por lo que vio en los murales, acudiendo a los fanzines o a investigaciones propias”, agrega Lesivo.

Para Consuelo Gaitán, directora de la Biblioteca Nacional, la muestra “Ahora o nunca. Las ideas son para divulgar” “es una apuesta ambiciosa que busca acercar el concepto del patrimonio bibliográfico y documental a las nuevas generaciones que, al igual que Nariño en su tiempo, están ávidas de aprovechar la información y las tecnologías de la información y la comunicación para construir visiones de

un país y una sociedad más consciente de su historia y más incluyente”. “Todos somos y hacemos a diario el patrimonio” concluye Gaitán.

En redes sociales: Tanto en Instagram y twitter, se podrá seguir los avances de la muestra “Ahora o nunca. Las ideas son para divulgar”. En Twitter en: @toxicomano @rrrrma @bibliotecanalco. En Instagram en: @erre.erre @toxicomanocallejero @lesivobestial @biblionalcolombia ¿Dónde y cuándo? Biblioteca Nacional de Colombia - Calle 24 # 5-60 Hasta marzo de 2016. Abierta de lunes a sábado. Horario: 9:00 a.m. a 5:00 p.m. Sábados, hasta las 4:00 p.m. Entrada gratuita.

Otra mirada a la instalación de la Biblioteca Nacional con nuevos elementos derivados de una entrevista con el funcionario Alexander Chaparro que dan contexto a lo proyectado por el Ministerio de Cultura y la Biblioteca Nacional, se denominó “La Nueva Cara de Antonio Nariño”.

Antonio Nariño, el periodista, es el mural principal de la exposición que se realiza en la Biblioteca Nacional. La intervención fue de Toxicómano / Cortesía Biblioteca Nacional.

¿Sabe usted quién es Antonio Nariño? Tal vez en las clases de historia fue donde por primera vez escuchó hablar de él. Le dijeron que estudió filosofía, derecho, fue político y militar, y que una de sus actuaciones más importantes es la traducción y publicación de la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano en 1793 –proclamados por la Revolución francesa– hecho por el que fue condenado a prisión. Pero el motivo por el que, quizá, más lo recordamos es por ser uno de los hombres más sobresalientes de la época de la Independencia de la Nueva Granada y el tercer presidente titular de la República.

Sin embargo, antes de ser un prócer de la patria, Antonio Nariño fue joven lector, pensador, periodista, impresor y humanista. Inclusive algunos de sus estudiosos resaltan su pasión por explorar las ideas modernas y por desarrollar su espíritu hacia la libertad de expresión. Razón por la que alrededor de su figura se han dicho cosas como que siempre

promovió la Independencia, que el documento que imprimió tuvo gran difusión o que fue masón.

Por lo anterior es que varios historiadores se han encargado de estudiar su vida y obra, todo en pro de esclarecer la historia y hacer que perduren sus pensamientos entre las nuevas generaciones.

Han pasado 250 años del nacimiento de Nariño, por esto la Biblioteca Nacional ha decidido rendirle un homenaje a su legado con una exposición que busca encantar a los más jóvenes.

En compañía de artistas urbanos decidieron renovar la imagen que tenemos de Nariño, hicieron de su vida algo llamativo para los ojos de los transeúntes y lo convirtieron en un muchacho del siglo XXI. Además, reinterpretaron los Derechos del Hombre a través de fotografías, una muestra museográfica en donde reconstruyeron El Santuario, el espacio en el que hacía sus tertulias, e hicieron un especial multimedia interactivo\*.

“La idea de esta propuesta es llegarles a nuevos públicos. Lo que termina pasando con la historia del siglo XVIII es que se queda entre los especialistas, queremos que el público joven venga y se empape de la historia para que se empiecen a apropiarse del tema”, explica Alexander Chaparro, el historiador encargado de investigar a Antonio Nariño para esta muestra.

“Ahora o nunca. Las ideas son para divulgar”

Por primera vez el hall central de la biblioteca fue intervenido por manos de artistas urbanos. Toxicómano, Erre y Lesivo fueron los encargados de reproducir gráficamente al nuevo Nariño por medio de tres murales en los que está el “Toño” periodista, el lector y el impresor.

“Cada detalle que hicieron ellos da cuenta de una síntesis conceptual, de una necesidad por comunicar y hacer un puente entre el pasado y el presente. Es por esto que en el Nariño impresor está la imprenta. En el caso del periodista

vemos como eje principal la comunicación, está el mapa del virreinato, La Bagatela y algo más contemporáneo como la bandera LGBTI, simbolizando la lucha por la igualdad que aún está pendiente”, explica Chaparro.

Para el caso de “Toño” lector, Erre la única mujer de esta intervención, representó una serie de los libros más importantes que tenía Nariño en su biblioteca –se calcula que en total eran cerca de dos mil volúmenes– de escritores y pensadores que lo inspiraron como es el caso de Montesquieu.

### Reinterpretación de los Derechos del hombre

“Crecí con la idea que los Derechos del Hombre habían circulado profusamente y cuando comencé a determinar que esto no fue así, que fueron solamente dos ejemplares, me sorprendí. Sin embargo, aún hay gente que como yo cree que fueron más, pero está claro que no hay pruebas que demuestren esto”, comenta Chaparro.

Una parte de esta muestra está dedicada a los Derechos del Hombre que editó Nariño de la Declaración extraída de la Revolución francesa, un documento prohibido por su carácter progresista y revolucionario en aquella época. Pero actualmente merece su reinterpretación y análisis entre los jóvenes. De esta manera se presenta una muestra gráfica de cada derecho y una adaptación al presente.

### Nariño en la tertulia

Esta exhibición que reúne la historia de Nariño antes de la Independencia, también presenta parte de los libros que se encontraban en su biblioteca y la carta en la que le expresa a José Celestino Mutis su deseo de crear la tertulia “El Arcano Sublime de la Filantropía”, idea que provino de leer libros conocidos escritos por religiosos peninsulares que habían viajado por Europa. Se calcula que para finales del periodo virreinal funcionaban tres tertulias importantes en Santafé.

Este fue un espacio creado para los intelectuales más importantes del siglo XVIII, en el caso de Nariño, sólo fue

integrada por hombres y no había ningún español peninsular como invitado. Más allá de ser un espacio de divertimento, era un ejercicio en el que “se leen los papeles, se critica y se conversa sobre aquellos asuntos”, según comentaba en su carta Nariño.

Para Chaparro en estas reuniones se hablaba de ciencia, filosofía, política, religión y especialmente de educación, porque todos los que la conformaban sabían que era la única manera de formar nuevos ciudadanos. También reconoce que “eventualmente se podía hablar de una revolución o una rebelión, pero más como una idea difusa, porque lo que hacían era hablar de las reformas importantes en el seno de la monarquía, de lo que funcionaba bien o no”.

Este ha sido el espacio que más polémica ha causado entre los investigadores contemporáneos pues se cree que la tertulia de Nariño constituye el primer círculo masónico. No obstante, Chaparro comenta mientras recorre El Santuario, que “no tenemos elementos de juicio suficientes para decir si era o no masón. Lo importante es rescatar los sustratos doctrinales de los que siempre se han visto como el pensamiento de Nariño”.

En el salón de los tertulianos que estaría ubicado en la casa del prócer y que nunca se terminó de construir según los planos iniciales, es donde termina el recorrido por la vida y obra del joven revolucionario Antonio Nariño. Eso sí dejando como enseñanza que hay que leer mucho para apropiarnos de la historia y ser tan críticos como lo fue él en su tiempo.

\* Visite la página web <http://www.bibliotecanacional.gov.co/> para ver el módulo virtual de la exposición. Por: Karen Viviana Rodríguez Rojas<sup>35</sup>.

Ahora una breve reseña de cómo conmemoró la Alcaldía Mayor de Bogotá el año Nariño en el Archivo de Bogotá:

---

<sup>35</sup> <http://www.elespectador.com/noticias/cultura/nueva-cara-de-antonio-narino-articulo-604220>

Por eso, el Archivo de Bogotá le rinde tributo con la impresión de su obra periodística, una novela gráfica con su vida, y el nombramiento de un auditorio en su honor.

La recolección de los facsimilares de *La Bagatela*, periódico que esta figura distribuyó en la Bogotá de 1812, y que fue el origen del periodismo de opinión, ya está disponible en una edición tipo revista. Mientras que la novela gráfica, *Precursores de la libertad*, Antonio Nariño y Benkos Biohó, se imprimió a color y los ciudadanos pueden reclamar, gratis, ejemplares de esta en la sede de la entidad (calle 6B n.º 5-75)<sup>36</sup>.

El Tiempo, 22/06/2015

En un contexto internacional se estableció un premio a Los Derechos Humanos por iniciativa de los gobiernos de Alemania y Francia con el nombre de Antonio Nariño Publicada por el periódico *El Tiempo*, diciembre 16 de 2010 una nota del académico nariñista Enrique Santos Molano en la que da contexto al significado de este homenaje a Antonio Nariño:

El premio Antonio Nariño es un digno reconocimiento a quienes dedican su vida en pro de los DD.HH. El pasado lunes, 13 de diciembre, aniversario 187 de la muerte de Antonio Nariño, los embajadores de Francia (Pierre-Jean Vandoorne) y de Alemania (Jürgen Christian Martens) hicieron entrega del primer premio franco-alemán Antonio Nariño a los Derechos Humanos.

El ganador fue la ONG Asovirestibi, Asociación de Víctimas para la Restauración de Tierras y Bienes. Se otorgaron, además, tres menciones a entidades que trabajan por hacer de los Derechos Humanos una realidad. La primera correspondió a Espacio de Trabajadores y Trabajadoras de Derechos Humanos –ETTDH–; la segunda, a Cabildo Indígena de Pioyá, Municipio de Caldon (Cauca); y la tercera, a la Mesa de DD. HH. y Convivencia, de la Comuna Seis de Medellín.

---

36 <http://www.eltiempo.com/bogota/antonio-narino-celebra-2015-anos-de-nacimiento/15990689>

El hermoso símbolo del premio franco-alemán Antonio Nariño a los Derechos Humanos, denominado ‘La Edad Dorada’, fue elaborado por el maestro escultor Nadín Ospina, quien lo donó a las embajadas gestoras del galardón que exalta la tarea heroica de personas y organizaciones consagradas en cuerpo y alma, con riesgo de su tranquilidad y de sus vidas, a la defensa de los Derechos Humanos estatuidos, primero, en la Declaración de la Asamblea Nacional de Francia de 1789 y, después, en la Declaración Universal aprobada por las Naciones Unidas en 1948.

Desde hace doscientos años, la batalla por los Derechos Humanos se ha librado donde quiera. Su primer traductor y divulgador al español, el filósofo y periodista colombiano Antonio Nariño, tuvo que pagar con más de quince años de cárcel el haberse atrevido a sostener que los Derechos del Hombre y del Ciudadano no eran una graciosa concesión de nadie, sino un atributo inalienable de cada ser humano, y que era una obligación de todos luchar contra cualquier persona o gobierno que intentara negarlos, menoscabarlos o reprimirlos.

No obstante que en los doscientos años transcurridos desde su primera proclamación los Derechos Humanos han sido el blanco de las dictaduras de derecha, de izquierda y de centro, ningún sistema los ha puesto en peligro tanto como el neoliberalismo imperante a partir de los años setenta del siglo pasado. Todas las conquistas laborales, sociales, de libertad de expresión, de igualdad, de derecho al trabajo, al goce pleno de la paz y la tranquilidad, establecidas en la carta de la ONU, y en muy buena parte alcanzadas por la mayoría de los países, se vinieron abajo. El castillo de naipes de los Derechos Humanos no aguantó el soplo letal de la oligarquía neoliberal y lumpenesca agrupada en los clubes globales que hoy se conocen como “de Roma”, “de París” y “Bilderberg”.

Durante los últimos cuarenta años hemos visto las peores, las más horribles violaciones de los Derechos Humanos, cometidas por gobiernos y entidades neoliberales ocultos tras de un engañoso cascarón democrático. Masacres a granel de personas indefensas, desapariciones forzadas (en

Colombia, más de 51.000 desaparecidos a la brava en la década anterior), desplazamientos, persecuciones y asesinato de líderes sindicales y obreros y de activistas de los derechos humanos. Abolición de hecho de la libertad de expresión, el sicariato convertido en la profesión mejor remunerada, satanización de las víctimas... y un cinismo espantador por parte de los victimarios. Agreguemos, y no es lo menos grave, la pauperización de los salarios, la destrucción del poder adquisitivo de los ciudadanos, el aumento escandaloso del índice de miseria general y el todavía más escandaloso enriquecimiento (desmedido e ilícito) de los poderosos.

Tenemos que agradecer y exaltar la creación del premio franco-alemán Antonio Nariño a los Derechos Humanos, no solo como un estímulo eficaz que los gobiernos de Francia y de Alemania dan a quienes valerosamente han acometido la tarea de hacer letra viva la carta de la ONU, sino como un ejemplo de dos naciones que en el pasado fueron enemigas irreconciliables y que hoy le están mostrando al mundo cómo sí es posible poner en práctica el aforismo de Gandhi: “Todos los seres humanos son hermanos”.

El gobierno democrático del presidente Santos ha asumido con coraje y decisión la tarea de promover y llevar a término exitoso la recuperación de las tierras ilegalmente arrebatadas a sus genuinos propietarios por una pandilla de paramilitares, de terratenientes, de ganaderos y de narcotraficantes, principales promotores de las violaciones de los derechos humanos en las zonas campesinas. El vicepresidente de la República, Angelino Garzón, en un breve, pero valioso y valiente discurso pronunciado en la ceremonia de entrega del Premio Antonio Nariño en la residencia del Embajador de Francia, reiteró que la decisión del Gobierno Nacional de restablecer la vigencia absoluta de los Derechos Humanos en Colombia es irreversible e irrenunciable<sup>37</sup>.

---

37 [http://www.eltiempo.com/opinion/columnistas/enriquesantosmolano/el-premio-antonio-narino-a-los-ddhh\\_8613462-4](http://www.eltiempo.com/opinion/columnistas/enriquesantosmolano/el-premio-antonio-narino-a-los-ddhh_8613462-4)  
<http://forjandofuturos.org/fundacion/index.php/sala-de-prensa/registro-de-medios/79-registro-de-medios/329-el-premio-antonio-narino-a-los-ddhh>

## 14. Adiós a los próceres

El jueves 31 de diciembre de 2015 en las páginas 25 y 26 de la edición de El Espectador se publicó un texto titulado ANTONIO NARIÑO TRADUCTOR del escritor Pablo Montoya, con varios epígrafes: “Retrato de la figura detrás de la primera traducción de los Derechos del Hombre al español y uno de los precursores del periodismo colombiano”. “A 250 años de su nacimiento” y “El 2015 fue declarado por el Ministerio de Cultura como el año de Antonio Nariño, en homenaje a los 250 años del natalicio del prócer”.

Un descendiente de Antonio Nariño me remitió este texto postrero del año 2015 –ignoro si hubo más textos similares al que se reseña– reprochando los términos de este homenaje. Tiene razón el remitente, se trata de un texto que forma parte de la galería escrita por Montoya de los réprobos a los granadinos que figuran en la historia tradicional del país, y le suma un boceto sobre el pacificador español Pablo Morillo.

Montoya es sin duda un escritor de quilates, pero entró en la corriente de los iconoclastas de destemplados bocetos biográficos, que muestran su debilidad en su formación histórica y su intento por hacer de *L'enfant terrible*, muy en la onda de Vargas Vila, Fernando Vallejo y algunos otros como Pablo Victoria. Es cierto, Nariño fue un hombre de carne y hueso, pero no fue la encarnación demoníaca del granadino del siglo XVIII. Lo que muestra es una marcada descontextualización y su vida la reduce a chismes de costurero y anécdotas de coctel, de las que ya hay antologías desde el siglo pasado, como ha sido la historia anecdótica de este país y como lo han intentado otros biógrafos de la escuela del humor histórico. No es un texto de fácil lectura, a pesar de algunos párrafos con ingenio, muchos de insulsos escenarios y tergiversaciones de acontecimientos, lugares y de interacciones entre personas que nunca coincidieron y achacando cualidades y defectos trucados. La historia ficción también tiene un límite en sus contextos socioculturales y políticos. El texto reproducido por El Espectador apenas es un segmento del primer boceto biográfico del libro “Adiós a los Próceres” publicado en el 2010 entre la producción de múltiples obras de revisión histórica en España y América Latina.

Tal vez se puede rescatar un iluminado juicio al afirmar Montoya: “Fue una lástima que se le hubiera atravesado en el camino la figura de Simón Bolívar, porque Nariño se habría robado todas las luces de la Independencia”.

Nariño llegó tarde a todas partes y en muchos acontecimientos estuvo en el lugar equivocado.

El culto a Bolívar en la Nueva Granada y Colombia como su presencia en la historiografía política de Colombia cubre siglo y medio con lealtades políticas de ambos partidos. Quienes no entraron en aquel cenáculo lo hicieron en el de Santander en esa historia alternativa Bolívar-Santander. Nariño fue el excluido.

Los juicios adjetivados no escasean en el texto de Pablo Montoya. La figura de Nariño está reflejada en este párrafo descontextualizado y de perversa factura reduccionista de un conflictivo proceso entre federalistas y centralistas. Ciertamente llegó a la dictadura y la guerra con el Congreso de las Provincias Unidas, pero no despachado como lo hace Montoya en este párrafo. Sobre los gastos y gustos de Nariño hay evidencias que no fue un botarato y sus bienes rematados por la autoridad colonial, sin darle tiempo ni maniobra para recuperar como comerciante y especulador las mercancías suyas que se pudrían en Veracruz y Cartagena:

Pero de las tórridas llanuras del oriente debía surgir el caraqueño (Bolívar). Y surgió como una impetuosa quimera de carne y hueso para rebasar al santaferneño en el escrutinio popular y luego borrarlo fácilmente de las arenas políticas. A Nariño le gustaban en despilfarro, los libros prohibidos, las mujeres de miradas lánguidas. Las joyas y las prendas caras le desvelaban. Con la plata que sacaba de las cajas reales que tenía a su cuidado, hacía viajes frecuentes y fastuosas comilonas en su propiedad de la plazuela de San Francisco. A su inteligencia vivísima se le introdujo finalmente, la idea que este país setemesino debía tener un gobierno centralista. No hubo poder humano para hacerlo retroceder en esta obsesión radiante. Siendo presidente de la Provincia de Cundinamarca, le metió candela a la Nueva Granada porque los ricos de las provincias se negaron seguirlo en su dictatorial delirio...<sup>38</sup>.

Comparando al santaferneño con el jurista payanés Camilo Torres, grandes contradictores dibuja esta figura en el texto citado:

---

38 Pablo Montoya. "Antonio Nariño. Traductor". En *Adiós a los héroes*. (Bogotá: Editorial Grijalbo, 2010): 9-10.

La gran diferencia entre ambos es que Nariño confesó lo que era en el fondo: un conspirador nato, un traidor consumado, un rebelde sin marrullerías de hipócrita. Como pocos hombres de su época, le tocó probar la hiel de la traición y la humedad de las mazmorras. Su trasiego de años por las cárceles de España, que eran malolientes y laberínticas le ha valido el mayor sentimiento que puede merecer un héroe; la triste compasión y jamás el de la envidia<sup>39</sup>.

No es ni el pasado ni los personajes ni la historia exclusividad de los historiadores, estos cuando se aburren también escriben historia ficción. Los libros de historia también son obras literarias. Ya vemos los resultados cuando los literatos quieren limpiarse el hígado de una ingesta histórica de un país imaginado que no encontraron en sus lecturas sobre ese pasado. O como García Márquez en su “General en el Laberinto” que se nutrió más de las fuentes venezolanas que las de las granadinas, exhaustivas unas, pero otras más inasibles. En fin, las semblanzas de todo el catálogo de personajes de Montoya, es un amasijo con altas dosis de bilis y pocos ingredientes de documentos históricos originales o de referencias a los detractores o a los oficiantes del culto a los héroes. Aunque esta no sea una exigencia para idear biografías de perros de paja al estilo chino en las ofrendas en las fiestas a los dioses. El lector escogerá dónde situar en su memoria estos bocetos ficción y que fueron gestados como “narrativa histórica” según lo aclara el autor en el introito a su catálogo de semblanzas “Adiós a los Próceres” con el tomatazo que sirve de carátula contra el cartel de expresidentes del siglo XIX:

A los eventos de la historia se les puede alabar o criticar. He preferido lo segundo porque me atrae más la incredulidad y la reserva que la ingenuidad y el ditirambo. Los historiadores oficiales, y los que pregonan los portentos de la patria, se sentirán molestos frente a estas páginas que desconfían de los unos y descreen de la otra. La patria, como noción política, no es más que una obsesión, manipuladora y pedante de los imperialismos y los nacionalismos. Es posible que si Colombia fuera un país tocado por la sensatez este libro no tendría la ironía que lo embarga. Pero su realidad, cada vez más parecida al estrabismo, persiste con terquedad inverosímil, por ello no

---

39 Pablo Montoya. (Bogotá: Editorial Grijalbo, 2010): 9-10.

me ha quedado otro remedio que trazar estas semblanzas, un poco calamitosas, un poco carnalescas<sup>40</sup>.

No es Nariño un personaje fácil de proyectar en la Memoria y la Historia. Hoy los historiadores indagan sobre su contribución a la formación histórica de este país. Esta nación le ha colgado un cúmulo de calificativos y en la tinta de discursos y ensayos, en los que se les ha asemejado a los dioses griegos cargados de infortunio por la Moira o el destino. Vacíos historiográficos sustituidos por cuestionables sustantivos adjetivados,

Serán efectos de un nuevo imaginario social incoado por la historia oficial o simplemente porque este es un país sin identidad, historia y vergonzante no sabe del rumbo de su memoria.

Nariño es un vástago de familias de estirpe español sin mancha de la tierra. Es un criollo-español nacido en América, hijo de un gallego, Don Vicente su padre alto burócrata del imperio y su abuelo materno un alto funcionario de la Audiencia. Su fisonomía no expresa rasgos fenotípicos nativos, ni mestizos. Sin embargo, su actuar juvenil será al otro lado de las lealtades a su Rey. Esto llevará a ser puesto prisionero en cuatro ocasiones. Ningún granadino contemporáneo tuvo ese registro, pero poco se destacan estos cautiverios en la nueva imagen de los 250 años de su natalicio. La historia es selectiva y acomodaticia en los anales oficiales.

Sus 56 años de paso terrenal lo muestran en sus años mozos como un consentido por el poder colonial amigo de virreyes, de canónigos y de hombres de la gleba. Audidacta, aunque tuvo un paso por el colegio de San Bartolomé. Hábil y precoz especulador y comerciante con el Caribe y Europa de añil, quina y cacao, asociado a veces con Mutis. Fue botánico, finquero, comerciante exportador, librero, militar por unos años, periodista por muchos y un personaje político que compite con las penas de la justicia postconflicto. Hay un cúmulo de situaciones del Nariño fugitivo que le permiten meterse en un disfraz y actuar de arriero, de mendigo, o de clérigo suelto para ocultar su real identidad. Su patrimonio y sus años vividos se disminuyen en su actuar político en prisiones, fugas y apresamientos reincidentes, sin igual entre los granadinos conocidos. Pero su terquedad de ancestros gallegos se mantendrá incólume. Desafortunadamente llega tarde a todas partes y sus malquerientes lo acompañarán hasta su tumba y

---

<sup>40</sup> Pablo Montoya, "Antonio Nariño. Traductor". En *Adiós a los héroes*. (Bogotá: Editorial Grijalbo, 2010): 9 -10.

serán nugatorios los mínimos reconocimientos como cristiano viejo. Ni con su muerte cesarán los atropellos.

Pero lo más destacado fue la complejidad de su activa vida pública y privada. Autodidacta, como al decir de J. Wengesber, la auténtica educación, por razones de salud no acudió a las aulas. Fue un hándicap frente a los libertadores.

Tocará esperar entonces para conocer en un horizonte temporal de un poco más de un lustro para identificar cómo se sedimentarán todos estos referentes de la memoria histórica, gráficos y textuales del 2013 y 2015 y establecer lo rescatable para 2023, año en que se cumple el segundo centenario de la muerte física de Nariño en 1823. La disyuntiva pareciera condicionada a si algo subsiste o si con el olvido muere definitivamente esa memoria histórica que legó a la Patria antes de expirar, y que al igual que sus retos mortales le confió a este país carcomido por la amnesia social y estatal y cuando los especialistas en inhumaciones logren aclarar si es realmente suya la osamenta que reposa en el mausoleo de Pourquet en la capilla de Santa Isabel de Hungría en la catedral metropolitana de Bogotá.

Después de repasar y mirar con el retrovisor de la historiografía, la memoria social, el olvido y los intentos de invisibilización de lo museográfico, las transformaciones de la figura del santafereño Antonio Nariño (1765-1823) en la producción iconográfica de sellos, billetes y medallas parecieran confluír muchos aportes para fortalecer en un ambiente iconoclasta de la postmodernidad aquella apreciación del expresidente Alfonso López Michelsen sobre Nariño, quien ingenuamente confió en que la Patria se encargaría de rescatar su memoria y sus cenizas y más bien terminó sometido a una amnesia selectiva en sus aniversarios, de acuerdo con los gobernantes de turno y oficiantes de sus efemérides. En un país que al decir del expresidente Alfonso López Michelsen “siempre sometió a la carroña y el olvido a sus grandes hombres: Obando, Nariño, Santander, Uribe Uribe y a tantos otros”.

## **Bibliografía**

*Al pintor de nuestra historia: José María Espinosa. Centenario de la Muerte del Maestro.* Bogotá: Presidencia de la República de Colombia, Belisario Betancur, 1983.

Álvarez Hoyos, María Teresa. “¿Departamento del Sur, de Nariño, de la Inmaculada Concepción de María o de Agualongo? Sobre un efecto colateral de la Independencia de Panamá”. *Entre el olvido y el recuerdo. Iconos, lugares de memoria y cánones de la historia y la literatura en Colombia*. Bogotá: Editorial Pontificia Universidad Javeriana, 2010: 341-367.

Ariès, Philippe. *El tiempo de la historia*. Buenos Aires: Editorial Paidós, 1988.

Arismendi Posada, Ignacio. *Manual de historia presidencial. Colombia, 1819-2004*. Bogotá: Editorial Planeta, 2004. Impreso.

Burke, Peter. *Formas de hacer historia*. Madrid: Alianza Editorial, 2000.

Burke, Peter. ¿Qué es la historia cultural? Madrid: Alianza Editorial, 2006.

Bushnell, David. “Postal Images of Argentine próceres. A look at selective Myth-Making”. *Studies in Latin American Popular Culture* 1, 1980: 91-105. Citado por Luis Horacio López Domínguez. “Escrutinio de David Bushnell a la historia política de Colombia y Argentina a través de sellos postales”. *Boletín de Historia y Antigüedades*. Bogotá: Academia Colombiana de Historia. Vol. CI, N° 858 (enero-junio, 2014): 33-82.

Caballero. José María. *Particularidades de Santafé, un diario de José María Caballero*. Bogotá: Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, 1946.

Carbonell Higuera, Carlos Martín. “El sector de San Victorino en los procesos de reconfiguración urbana de Bogotá (1598-1998)”. *Cuadernos de vivienda y urbanismo*. Vol. VI. N° 3, (julio-diciembre, 2010): 220-245.

Carnicelli, Américo. *La Masonería. En la Independencia de América*. Bogotá: Cooperativa Nacional de Artes Gráficas, 1970. 2 Tomos.

Caro, Jorge I. Fr. O.P. *Los restos mortales del Sr. Gral. Don Antonio Nariño*. Bogotá: Editorial Cosmos, 1972.

Céspedes, Guillermo. *La Independencia de Iberoamérica. La lucha por la libertad de los pueblos*. Madrid: Ediciones Anaya, 1998.

Chenel, Álvaro Pascual. “Juegos de imagen y apariencia: simulación, disimulación y propaganda política durante el reinado de Carlos II”, En El

universo simbólico del poder en el Siglo de Oro, editado por Álvaro Barai-bar Etxeberria y Mariela Insúa Cereceda. Nueva York/Pamplona: Instituto de Estudios Auriseculares (IDEA) y Servicio de Publicaciones Universidad de Navarra, 2012): 175-204.

Chicangana-Bayoba, Yobenj Aucardo. “La Campaña del Sur (1813-1816) en las telas de José María Espinosa”. *Historia y Sociedad*. Medellín: 17 (julio/diciembre, 2009): 69-97.

Cortazar, Roberto (comp). *Cartas y Mensajes del General Francisco de Paula Santander Santander*. Bogotá: Academia Colombiana de Historia, Ed. Voluntad. Vol iv. Santander en 1822,1823 y 1824, 1954.

Díaz Padilla, Ramón (Coord.). *Arte, magia e ilusión. Las ilusiones ópticas en el arte y otras producciones visuales*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Facultad de Artes. Universidad Computense, 2013.

Espinosa Prieto, José María. *Memorias de un abanderado. Recuerdos de la Patria Boba, 1810-1819*. Bogotá: Ediciones Desde Abajo, 1997.

Fundación Francisco de Paula Santander. *Santander y los libros. Perfil biográfico y catálogo de la biblioteca que perteneció al general Santander*. Bogotá: Biblioteca de la Presidencia de la República, 1993. Tomo II. Impreso.

Garrido, Margarita. *Antonio Nariño*. Bogotá: Panamericana Editorial, 1999.

Gaskell, Iván. “Historia de la Imagen”. *Formas de hacer historia* editado por Peter Burke. Madrid: Alianza Editorial, 2003: 209-ss.

González, Beatriz. “Iconografía de José María Espinosa, prócer y pintor: Bicentenario del abanderado Nariño”. *Revista Credencial Historia*. N° 81 (septiembre, 1996): 4-6.

González, Beatriz. José María Espinosa: *Abanderado del arte en el siglo XIX*. Bogotá: Museo Nacional del Colombia, Banco de la República, El Áncora Editores, 1998.

González, Beatriz. “Iconografía de Nariño”. *Cuadernos Iconográficos*. N° 2. Bogotá: Museo Nacional de Colombia, 1999: 4-ss.

Henao, José María y Arrubla, Gerardo. *Historia de Colombia para la enseñanza secundaria*. Bogotá: Academia Colombiana de Historia, 1929. 2 Tomos.

Hernández de Alba, Guillermo. *Iconografía de don Antonio Nariño y recuerdos de su vida*. Bogotá: Publicismo y Ediciones, 1983.

Hernández de Alba, Guillermo (Comp.). *Archivo Nariño, 1785-1810*. Tomo II. Bogotá: Presidencia de la República. Biblioteca Francisco de Paula Santnader, 1990.

Ibáñez, Pedro María, y Eduardo Posada. *El Precursor. Documentos de su vida pública y su vida privada*. Bogotá: Biblioteca de Historia Nacional. 1903, vol. II.

Instituto de Cultura y Turismo de Bogotá. *Museo a cielo abierto. Guía de esculturas y monumentos conmemorativos en el espacio Público*. Vol. I.

Koch, Paul H. *La historia oculta del mundo. De la prehistoria al terrorista internacional*. Bogotá: Editorial Planeta, 2007.

Le Goff, Jaques. *El orden de la memoria: el tiempo como imaginario*. Barcelona: Paidós, 1991.

Llano Isaza, Rodrigo. *Centralismo y federalismo (1810-1816)*. Bogotá: Banco de la República, El Áncora Editores.

López Domínguez, Luis Horacio. “La prensa nacional en la época de Santander” (prólogo). En *La Bandera Nacional Granadina*, edición facsimilar del N° 1 (octubre 22 de 1837) al 75 (marzo 17 de 1839). Bogotá: Fundación Francisco de Paula Santander, 1991.

López Domínguez, Luis Horacio. “Antonio Nariño y la Seducción de la historiografía”. *La Bagatela*. Bogotá: Boletín Oficial de la Sociedad Nariñista de Colombia. Vol I, N° 1 (enero-junio, 1993): 27-32.

López Domínguez, Luis Horacio. “Reflexiones en torno a cien años de historiografía en la filatelia colombiana”. *Boletín de Historia y Antigüedades* Vol. XC, N° 821 (2003): 263-315.

López Domínguez, Luis Horacio. “El Himno Nacional. Un símbolo que perdura por tradición y por ley”. *Revista Semana* 1260 (junio 26 a julio 3, 2006): 118-119.

López Domínguez, Luis Horacio. “Los sellos postales y las conmemoraciones de independencia”. *Revista Credencial Historia*. (Bogotá, N° 25, 2010): 10-14.

López Domínguez, Luis Horacio. *Catálogo colombiano de sellos postales, 1959-2009*. Bogotá: Banco de la República, 2014.

López Domínguez, Luis Horacio. “Transformaciones y tergiversaciones fenotípicas de la efigie de Don Antonio Nariño a partir de retratos de Espinosa y su difusión filatélica, numismática y obra plástica contemporánea”. Ponencia en el XVII Congreso Colombiano de Historia. Bogotá, 2015.

Montoya, Pablo. “Antonio Nariño. Traductor”. En *Adiós a los héroes*. Bogotá: Editorial Grijalbo, 2010: 13 -23.

Mudrovcic, María Inés. *Historia, narración y memoria: los debates actuales en filosofía de la historia*. Madrid: Akal Ediciones, 2005.

Murado López Miguel-Anxo. *La Invención del pasado. Verdad y ficción en la historia de España*. Barcelona; Random House Mondadori, 2013.

Museo de América. *Caricatura y costumbrismo: José María Espinosa y Ramón Torres Méndez, dos colombianos del siglo XIX*. Madrid: Museo de América, 1999. Impreso.

Rader, Olaf B. *Tumba y poder. El culto político a los muertos desde Alejandro Magno hasta Lenin*. Madrid: Ediciones Siruela, 2006.

Revista Semana. *Nariño. El Triunfo de las Ideas. Bicentenario de Cundinamarca, 1813-2013*. Bogotá: Publicaciones Semana, 2013.

Ruiz Martínez, Eduardo. *La Librería de Nariño y los Derechos del Hombre*. Bogotá: Editorial Planeta, 1990.

Santander, Francisco de Paula. *Escritos autobiográficos*. Bogotá: Presidencia de la República. Fundación Francisco de Paula Santander, 1988.

Temprano, Leo. *Catálogo histórico filatélica de Colombia*. Bogotá: Filatelia Temática. 1984.

Vejarano, Jorge Ricardo. *Nariño, su vida, sus infortunios, su talla histórica*. Bogotá: Editorial Santafé, 1938.

Vilaltella, Javier. “Memoria cultural visual y pintura histórica en Colombia”. *Entre el olvido y el recuerdo. Íconos, lugares de memoria y cánones de la historia y la literatura colombiana*. Bogotá: Editorial Pontificia Universidad Javeriana, 2010: 178-213.

Wagner, Anne y Bozzo-Rey, Malik. “French Commemorative Postage Stamps as a Means of Legal Culture and Memory”. En *Law, Culture and Visual Studies*. Lille: Université Lille. Sf.

Wagner, Wolfgang et al. *El discurso de lo cotidiano y el sentido común. La teoría de las representaciones sociales*. Barcelona: Antropos Editorial y UNAM, 2011.

Zeigler, Vida. “Stamps and the Politics of National Representation”. *The Public* Vol. 4 N° 1, 1997: pp. 65-84.



Figura No. 29. Retrato de Ricardo Acevedo Bernal.  
Acuarela 30 x 21 cms. 1918. Jockey Club.



Figura No. 30. Retrato por Ricardo Acevedo Bernal. Óleo sobre tela (1,54 x 0,96 mts),  
Despacho Privado del Presidente de la República, Casa de Nariño.



Figura No. 31. Dibujo de perfil, lápiz.  
Ricardo Acevedo Bernal.



Figura No. 32. Los padres de la patria saliendo del Congreso (Alegoría) de Ricardo Acevedo Bernal. Senado de la República.

